

NIÑO CON LA ÑATA APOYADA EN EL SEXO DE LA DIOS

(REINVENCION FOLLETINESCA DE UN ROMANCE JUVENIL DE JUAN CARLOS ONETTI)

HUGO GIOVANETTI VIOLA



Segunda edición WEB / elMontevideano Laboratorio de Artes 2021

*de chiquilín te miraba de afuera / como a esas cosas que nunca se alcanzan
la ñata contra el vidrio / en un azul de frío
que sólo fue después viviendo igual al mío*

ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

*En mi vida secreta / te vi esta mañana / te movías tan rápido
no soy capaz de dejar de agarrarme al pasado
y te extraño tanto / y no hay nadie a la vista / y todavía estamos haciendo el amor
en mi vida secreta.*

*Sonrío cuando estoy enojado / engaño y miento
hago todo lo que tengo que hacer / y me las arreglo.
Pero sé lo que está bien y sé lo que está mal / y moriría por saber la verdad
en mi vida secreta.*

*Aguantá, hermano, aguantá / agarrate fuerte, hermana
por fin recibí las órdenes / me iré cuando amanezca / me iré al atardecer
me moveré entre las fronteras de mi vida secreta.*

*Miraste la página / te dieron ganas de llorar.
A nadie le importa si la gente vive o muere / y el traficante quiere que pienses
que todo es blanco o negro / pero gracias a Dios eso no es tan simple
en mi vida secreta.*

*Me muerdo el labio, compro lo que me digan / desde el último éxito hasta la sabiduría ancestral
pero siempre estoy solo / y mi corazón es como el hielo / y hace frío y está lleno de gente
en mi vida secreta.*

LEONARD COHEN

*seré tu espejo, reflejaré lo que sos
por si acaso no lo sabés
seré el viento, la lluvia y el crepúsculo
la luz que da en tu puerta
y te enseña que llegaste a casa*

*cuando creas que la noche cayó sobre tu mente
que por dentro sos retorcido y desagradable
dejame que te enseñe que estás ciego
por favor bajá las manos porque yo te veo
me cuesta creer
que no te des cuenta de la belleza que hay en vos
pero si no lo sabés
dejame que sea tus ojos
una mano en tu oscuridad
para que no tengas miedo*

LOU REED

*Nadie puede saber cómo sé lo que sé
porque me lo mandaron y además lo busqué.*

LOGION APÓCRIFO

EPISODIO 1: NOVIA

Caramelo

Un atardecer de agosto de 1942 el Pibe Maggi atravesó taconeando eufóricamente la humareda del café Metro y puso sobre la mesa donde lo esperaba Maneco Flores Mora un ejemplar de la revista *Apex* y otro de *José Artigas, primer Estadista de la Revolución*:

-Estamos matando, hermano. Acabo de pasar por Preparatorios y ya los tiene un pueblo. Pero la sorpresa me la llevé con la flaquita María Esther, que quería a toda costa que le vendiera *El pozo* y terminé prestándole el que me dedicó Onetti cuando nos trajo *Mascarada*.

-¿La María Esther Gilio? ¿Pero qué edad tiene?

-Ella canta 16 -mojó un terrón en el café recién servido el muchacho que estaba a punto de cumplir los 20. -Pero a quién va a joder.

-Si tiene 14 es mucho -reprodujo Flores Mora el parsimonioso ritual de apertura del yesquero ya definitivamente impuesto por Onetti entre sus adoradores. -Y quiere leer *El pozo*.

-Y está hecha un caramelo. Mama mía. Una Bette Davis capaz de hacer babear de verdad al pobre Linacero.

-Ayer me lo crucé en la esquina de Reuter y me explicó que está escribiendo 1000 palabras por día para terminar el novelón sobre el fascismo que piensa presentar a un concurso el primero de setiembre. Aquí ya van varias noches que ni siquiera cae a llevarse garrones al mueble.

-A lo mejor anda precisando otra especie de Ester -se le hincharon de picardía las córneas al futuro doctor Maggi.

-¿Vos decís?

-A los twenty uno se pone canchero de verdad, botija. Vas a ver cuando te lleguen.

-Canchero puede ser. Porque vos a los 15 años ya eras el más conchero de los dos turnos del Liceo Francés, loco.

-Hacemos lo que podemos -empezó a lengüetar otro terrón el Pibe. -¿Sabés que tengo la corazonada de que esta flaca es capaz de desmomificarle el piturifismo *raté* al maestro?

-¿Y qué tal el cuento que nos trajo?

-Es una cosa angélica, a lo Paco. Con una minita que se salva milagrosamente de emputecerse y se llama María Esperanza. Aunque al final te quedás con la espina.

-Mirá vos la María Esther -se distrajo Maneco contemplando la última raya de oro que derramaba desde la Plaza Libertad sobre el humazo bamboleante del Metro. -Siempre fue un caramelo. Y yo que no me animaba a junarla demasiado porque me sentía un sátiro.

Socorro

Aquella tarde Onetti pidió para salir un rato antes de la agencia de noticias porque llevaba meses sin visitar a Torres, pero al bajar del tranvía en Agraciada y Tapes se desvió un par de cuadras en dirección a la zona portuaria.

-Dame la mano que los arcángeles me están mostrando la cruz, madre -murmuró al pararse para sacar un cigarrillo frente al templo de la Virgen del Perpetuo Socorro.

Después contempló a Venus que parecía crujió entre el anaranjamiento de aquel veranillo donde las yemas ya anunciaban la reverberación de los frutales y de repente escuchó llegar una voz infantil desde la esquina:

-Mientras recorres la vida / tú nunca solo estás / contigo por el camino / Santa María va.

Entonces el hombre uniformado por una gabardina detectivesca y un gacho que le abismaba la miopía de murciélago cruzó hasta la vereda de Jujuy mientras oía entreverarse el estribillo con el enervamiento del pajarerío:

-Ven con Nosotros a caminar / Santa María ven / ven con nosotros a caminar / Santa María ven.

Onetti demoró dos cigarrillos en descubrir una surrealista mancha blanca incrustada en la copa de una higuera del gran baldío que permitía entrever casi completamente el Cerro y al final se animó a preguntarle a la cantante:

-Pero qué hacés allí, si se puede saber.

-Me estoy casando -se asomó entre las hojas una chiquilina de mirada más serena que divertida.

-¿Y de dónde sacaste esa canción?

-¿No sabés que esto se canta al final de la misa?

-Lo que nunca había visto es un traje de comunión con una cola tan larga.

-Es el traje que usó mi abuela para casarse -graznó sonriendo la novia escondida. -Ella es muy petisa. Yo lo robo del baúl pero no se dan cuenta. ¿Te gusta?

-Es muy hermoso.

-Gracias. ¿A vos te gusta casarte?

Entonces el hombre se dio vuelta a observar el templo aterciopelado por la horizontalidad crepuscular y se fue saludando a la infanta con un brazo tristísimo.

Cuadras

María Esther entró al café adultizada por un maquillaje jolivudense, tacos muy altos y una boina escocesa con bufanda al tono: los cigarrillos de las primeras mesas se torcieron unánimemente hacia su agitación bronquítica y ella tuvo que fabricarse una visera para localizar a sus amigos en el fondo del humo.

-Coño -sacudió un brazo Maggi para llamarla. -Mirá la sirenita. En este momento le das 19 por abajo de la pata.

-Pero si se volvió un hembrón.

-No me puedo quedar mucho rato porque mi novio me espera en la puerta del cine a las nueve y media -puso el ejemplar de *El pozo* entre los pocillos la muchacha que se ceñía las curvas huesudas con una gabardina de cuello alzado a lo Michèle Morgan.

-Me parece que alguien te estuvo llenando la cabeza con la *amoralidad* y la *degeneración* de Periquito el Aguador -frotó el falso Picasso de la tapa el Pibe. -Te arrepentiste rápido.

-Me lo devoré mientras caminaba las treinta cuadras que hay de Preparatorios a mi casa. Es una porquería maravillosa.

-Merde -chifló con una cadencia piropeadora Maneco. -Y vos sos una típica *nena onettiana* desde que entraste al liceo. Los viejos que te habrán esperado en la esquina desenvolviendo chokolatines.

-Bueno, por lo menos a ustedes los de cuarto los alboroté a todos -carcajeó María Esther.

-¿Te gustaría conocer a Onetti? -hizo una seña circular para pedir tres pocillos el muchacho de grandes dientes cancheros. -Anda medio enloquecido terminando una obra maestra, pero admiradoras de tu edad no encuentra todos los días.

-Pero decile que tengo 17.

-No hay problema. A él le gusta la gente mentirosa. Mañana es mi cumpleaños, aunque podríamos arreglar para vernos aquí mismo este sábado. Yo paso a verlo al trabajo y te lo confirmo por teléfono.

Y después que la infanta desapareció filtrándose campaneantemente entre la intelectualidad de córneas ya muy inyectadas Flores Mora murmuró:

-Me la tirás desnuda frente al fuego en una cabaña de troncos y se la chupo hasta asfixiarme.

Luna

Onetti llegó a la casa de Torres García mientras una gigantesca luna naranja se levantaba sobre el encrespamiento cercano del Prado.

-Ahora faltan tres minutos -gritó en ese momento el frágil viejo melenudo que sostenía un reloj de cadena bajo la luz que derramaba en la vereda a través de una reja constructiva.

-Lo que pasa es que este Horacio sigue emperifollándose en el baño -se quejó Manolita a las corridas.

-A ese Horacio lo estampo contra la pared y se le chorrearán los sesos como a Sancho Panza -pegó un salto muy cómico el maestro, que estaba acompañado por un asustadísimo muchacho que Onetti no conocía.

-Pero cómo le va -se le verticalizaron complacidamente las tablas del sobretodo azabache a don Joaquín cuando vio al visitante. -Me he preguntado tanto por usted y llega justo cuando nos pasan a buscar para que dé la conferencia en Humanidades. ¿Es que ha estado malo?

-No. Es que durante los fríos me estraga un vicio que suele ser definido como la madre de todos los Pérez.

-Ah, la pereza -le relampagueó una carcajada rabeleisiana a Torres García, que se puso el reloj en el bolsillo antes de señalar a su acompañante: -Pues hoy tengo el placer de presentarle a un nuevo integrante de mi taller que es colega suyo: el literato Guido Castillo. Él dirigirá nuestro órgano programático, el *Removedor*.

Y mientras veían estacionarse al coche de Leborgne el muchacho se abalanzó a apretarle la mano con devoción al hombre jeangabinesco:

-Tengo pensado escribir un artículo sobre *El pozo*.

-Parece que a don Joaquín se le dulcificaron los ímpetus trepanadores -se sacó el gacho Onetti para reverenciar a Manolita y a sus tres hijos, que se codeaban admirando la imponente floración de la luna.

-Pues cuando Torres brinca ya es muy buena señal -pareció tintinearle la tercera orilla de la boca a la pequeña mujer dueña de una frescura desprovista innatamente de una edad definible. -Porque siempre termina cayendo en su polvo enamorado y santas pascuas. ¿No le apetece concurrir a una tertulia el sábado?

EPISODIO 2: TORRENTE

Barbarie

Ángel Rama llegó del cine a medianoche y fue directamente hasta la mesa donde Paco Espínola estaba leyendo con una voz más empapada por el dolor que por la caña:

-Cuando lo sepultamos no querían abrir el cajón, para que no lo besara. ¡Avisen, canejó! ¿Porque estuviera así? ¿A m'hijo no lo voy a besar? Alcé la tapa... ¡Pobrecito!, estaba... estaba... ¡ah! Lo besé como nunca. Yo creo que si lo besé alguna vez fue cuando muy gurí... ¡Pucha, es que somos una manga'e bárbaros! Reservaos, secos con la mujer, con los hijos. Nos da como una vergüenza cuando sentimos que vamos a ser blandos... ¿no halla? A lo mejor se creen que no los queremos. Siempre con sequedá, sin mostrarles los dientes nunca... El pobre quién sabe qué se creería. ¡Pucha, qué bárbaros!

Esa noche el máximo juglar del café Metro tenía como único oyente al poeta Pedro Piccato, que se hinchó de odio mientras el recién llegado estropeaba la lectura con el largo chirrido de una silla.

-Siga, maestro. Por favor -se animó a agarrarle el codo el futuro pope transnacional al hombre con corbata palomita que ya acababa de cerrar inapelablemente *Raza ciega*.

-Parece mentira lo que uno aprende al releerse -cabeceó Espínola, encajando otro cigarrillo en una de sus boquillas irisadas. -Yo recién me doy cuenta que con este cuentito hice un modesto aporte a la *satina* del ser nacional.

-Lástima que el ala que le falta a nuestra barbarie ilustrada esté demorando tanto en crecer -vació su caña el hombrecito de facciones angélicas y una doble joroba tan monstruosa que parecía inventada para una película.

-Acabo de ver *Casablanca* y decidí inscribirme en los cursos de arte dramático -anunció el adolescente ya semicalvo, buscándose en el gran espejo empañado como si todavía no pudiese aceptar del todo su androginia condenada para siempre a la irradiación de una rimbombancia inocua.

-¿Vio, don Paco? -clavó un dedo Piccato en el ejemplar de *Raza ciega*. -El pitirufó no nos da pelota. Tenía razón el Aguador cuando decía que a estos plumíferos de watercló ni siquiera les importa que haya cámaras de gas para cocinar judíos. -Mi madre apenas terminó la escuela pero siempre me dice: *A vos te va a salvar la amargura, por lo menos*.

Y cuando Rama alzó un perfil ofendidísimo para empezar a defenderse Espínola lo hizo callar con más piedad que rabia:

-Si querés aprender algo de verdad empezá por escuchar con respeto a los que sufren, charabón desplumado.

Guerras

La comitiva de los Torres fue traída en dos coches desde la Facultad de Humanidades, y Guido Castillo se quedó acompañando a Manolita y a Ifigenia mientras preparaban el café para llevar al taller donde se reunían hasta la madrugada a polemizar sobre la Segunda Guerra Mundial y el aquelarre criollo que provocó la aparición del *Primer Manifiesto Constructivista* en la península endémicamente traidora rebautizada como *la toldería de Tontovideo* por Julio Herrera y Reissig a principios de siglo.

-Hoy en la Facultad sentí como si fuéramos una patrulla de apóstoles acorralados en una catacumba y les puedo asegurar que cuando salga el *Removedor* mis insultos tronarán igual que bazookas -gruñó el futuro docente-faro que a los veinte años ya era capaz de citar a Dante en italiano y a Virgilio en latín.

-Es que hay que reconocer que Onetti tenía cierta razón aquella noche del 34 cuando nos aconsejó no vaciar los baúles y enfilarse hacia tierras más hospitalarias -se puso a contemplar la hinchazón del filtro la muchacha ya poseída por un quemante rictus de solterona.

-¿Usted sabe quién era el periodista anónimo que le hizo este reportaje a mi marido en el primer número de *Marcha*, Castillo? -sacó una revista de la biblioteca pintada con colores puros la mujer de apacible invencibilidad. -Fue en el año 39, cuando la Asociación de Arte Constructivo se hundía entre los aplausos de los Yagos que echaron a correr el rumor de que Torres no sabía dibujar del natural y por eso inventaba laberintos geométricos.

-Es que yo a *Marcha* recién empecé a leerla el año pasado.

-Pues el periodista era Onetti -le rebrilló un enamoramiento divertido a Ifigenia. -La noche que se quedó sin comer jamón porque yo resulté la elegida para salir a comprárselo. ¿Quién iba a sospecharle esa caballerosidad?

-Y cuando le preguntó a mi marido si no pensaba que en otro sitio de *más alto nivel cultural* hubiese sido acogido con mayor comprensión Torres contesta esto -acercó un parpadeo titilante Manolita al *fanzine* de confección muy rústica: -*Posiblemente. Pero eso no debe interesar. Es en América donde es necesario que el Arte Constructivo se*

comprenda y se realice. Por eso he venido. Y no crea que no tuve avisos, profecías de gente bien intencionada que quería ahorrarme el viaje y el fracaso que consideraban inevitable. Pero yo sentía necesario mi regreso. Y así vine, como un acto que la fe realiza, candorosamente si se quiere, sin pensarlo demasiado.

-Ahora habría que preguntarle al caballero del jamón si piensa que este nuevo Taller donde se hará pintura figurativa abstracta también es un delirio -se abrió paso con la bandeja muy humeante Ifigenia para meterse en la noche plateada y llena de ladridos.

Torrente

-Nosotros vamos a ser la generación aggiornadora del ser nacional que Periquito el Aguador llamaba a cerras filas desde *Marcha* -se envalentonó Rama. -Y desde ya les adelanto que considero a Juan Carlos Onetti como uno de los precursores de nuestra cruzada. Por supuesto que junto con usted y Felisberto Hernández, don Paco.

-La boca se te haga un charco -se las arregló Espínola para que una gran expiración de humo hediondo hiciera toser al adolescente seductoramente arremetedor sin llegar a afrentarlo.

Piccatto se rio fuerte.

-Acabo de devorar *El contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, un ensayo del antrópologo Fernando Ortiz que introduce el concepto de *transculturación* a propósito de la síntesis identitaria que la América moderna recién empieza a construir *comme il faut* -se le desmandó la ampulosidad al futuro Yo el Supremo de las páginas literarias de *Marcha*.

-¿Y pa qué hablás en gringo, charabón? Eso es mágica, nomás -pidió otra caña el hombre *mandibular de genio*, desbarrancándose hacia una borrachera que por lo menos ya empezaba a divertirlo un poco. -Así que a mí no me metás en ningún menjunje impresionista a lo Maupassant ni en manifiestos de la surrealidad. Yo satino como Andreiev y ya estoy cumplidísimo.

-Y lo bien que hace -alzó su vaso el jorobado, relamiéndose una gota que parecía haberle emergido desde la calavera.

-Mire: yo estoy seguro de que *El pozo* algún día va a ser considerado como el primer ejemplo continental de una prosa *deculturadora* y *transculturadora* al mismo tiempo, aunque ahora casi nadie lo comprenda -siguió escuchándose nada más que a sí mismo el muchacho que había entrado al café tarareando novelosamente *As times goes by*. -Y conste

que estoy de acuerdo con quienes lo consideran un desahogo ingenuo y equivocado, pero es increíble que no se den cuenta que está lleno de vida y de arte.

-¿Pero cómo podés decir que algo que está lleno de *vida* y de *arte* es un desahogo *ingenuo* y *equivocado*? -hizo retumbar la mesa con un cachetazo Espínola. -Mirá: ¿sabés lo que sos vos? Un pavorreal que no va a volar *nunca*: te faltan nada más que las lentejuelas pa ser un mascarita completo. Y además te aseguro que Juan Carlos *nunca* nos va volver a regalar un torrente de ternura tan grandioso como el que fluye de esa concha que parece el ojo de Dios temblando frente al fuego.

Y ahora Piccatto tuvo que sacar un pañuelo para aplastarse el brillo que lo transfiguraba.

Infidencia

-Así que a usted también lo ha entusiasmado *El pozo* -le ofreció un cigarrillo Manolita a Guido Castillo.

-Claro. Y *Tierra de nadie* me parece que debe ser la única digestión de la gran narrativa anglosajona moderna hecha en toda Hispanoamérica.

-Pues a Payró y a mí nos produjo un estragamiento peor que el de un cocido hecho con barro -se sacó una hebra de tabaco de la lengua la mujer tintineante. -Y Torres no pudo sobrepasar las diez primeras páginas.

-Pero tengo entendido que *El pozo* le gustó.

-Bueno, recuerdo que en París Torres también elogió a Lautréamont después de haberse aterrado con un solo *Chant*. ¿Y usted leyó a Céline?

-Estoy luchando para descifrar el *Voyage au bout de la nuit*.

-Ah. Eso sí que es horrendo -tiritó Manolita envolviéndose con un chal antes de apagar la luz.

-Y pensar que ese doctor Destouches lo tiene tan deslumbrado a Onetti como si fuera el Dante.

-¿Y su marido qué piensa de Céline?

-Por ahora no piensa nada -carcajeó ella, más piadosa que divertida. -Porque cuando le traen esa clase de libros yo le explico de qué van y él los guarda sin abrirlos y luego los devuelve comentando que le causaron una gran impresión.

-Bueno -comentó el muchacho, que empezaba a aprender a justificar el dogmatismo blindado de su ídolo: -Eso le compensará tener que zamparse lo más tranquilamente posible las monstruosidades de Picasso.

-Es que Picasso destroza el arquetipo aunque condimentándolo con mucha paciencia se lo puede tragar. Es lo mismo que pasa con el decadentismo de Wagner. Y ahora que no está mi hija le voy a deslizar una infidencia sobre Onetti. Mire que yo lo estimo bien, pobre hombre. Pero a nosotros nos confió el manuscrito inédito de *Tiempo de abrazar*, una novela que contiene una escena de amor que está a la altura de *Romeo y Julieta* y otra que supera en morbosidad al mismísimo Sade. Torres no la ha leído, por supuesto.

Y cuando ya cruzaban el viento nacarado de la calle se frenó para agregar:

-¿Usted se imagina a un hombre que contempla a una muchachita candorosa y piensa que ella es una cínica porque actúa como si no tuviera un sexo para parir como cualquiera de nosotras?

-Es que él no se conforma con menos de la inmaculación -jadeó Castillo contemplando el hundimiento lunar sobre la bahía donde desembocaba el Pantanoso.

EPISODIO 3: INCORDIOS

Caminata

Homero Alsina Thevenet encaró a María Esther Gilio mientras ella salía de Preparatorios, ofreciéndole una mano autoritaria:

-Vos sos la que leyó *El pozo* caminando desde aquí hasta tu casa, ¿verdad? Te quería conocer personalmente.

-Chogusto, pero hoy no tengo tiempo -eludió el saludo la muchacha sin maquillaje que esa tarde ni siquiera aparentaba tener 14 años.

-Es que necesito hablar contigo sobre el señor Onetti.

Ella ya había dado unos pasos y se frenó un momento, resoplando:

-¿Y vos de dónde saliste?

-Yo escuché perfectamente la charla que tuvieron con el Pibe y Maneco el otro día en el Metro y si me dejás acompañarte capaz que me hago entender -empezó a rezumar adoración el hombrecito-aguilucho más bajo que ella.

-Ah. Sos del club del genio.

-No. Yo lo conocí cuando entré como ayudante voluntario de *Marcha* y él era el Redactor. Ese año le editaron *El pozo* y por supuesto que fui uno de los que salió a venderlo por centésimos, aunque los cuatro o cinco ejemplares que coloqué me hicieron pasar vergüenza. ¿Vos tenés idea de cómo le llegó a las manos la novelita al pedante del Pibe?

-A ver -empezó a divertirse con el chusmerío la precocísima aspirante a abogada que ahora caminaba zangoloteándose con bobera infantil.

-Resulta que cuando Maneco entró a trabajar en Reuter tenía de Jefe al genio, que en ese momento ya usaba camisas holandesas y charreteras a lo Jean Gabin.

-Ay, y a mí que me fascinan.

-Sí, pero ya era un viejo. Y cuando el incordio leyó el librito que acaba de publicar el Jefe no lo podía creer.

-Porque es inteligente.

-Y el Pibe lo canchereaba diciéndole que le debía gustar nada más que por adulón, y al final terminó tan embalado como el otro y le hicieron el club.

-Estás hablando con odio -le relampagueó de golpe una lucidez pinchuda a la muchacha.

-Es que los alcahuetes que les consiguen chupetines a los ídolos para babearse mejor me dan más asco que las cucarachas. No sé si me entendés.

Piedad

Aquella noche Flores Mora y Maggi habían ido a ver *Casablanca* con sus respectivas novias y después decidieron rastrear a Onetti en el Metro, donde lo encontraron aconsejándole a una yirita mística que era capaz de enloquecerle incontrolablemente la piedad:

-Haceme caso, Fabi. Buscá algún traje de novia de esos que guardan las viejas en los baúles y subite a una higuera a cantarle a la Virgen.

Pero la adolescente parecida a Loretta Young salió corriendo hacia la niebla de la plaza y Piccatto le comentó a Falco:

-Esa gurisa es igual que Delmira. Pactó con el demonio demasiado temprano.

-*Merde* -vació el whisky Onetti, cuando el Pibe y Maneco lo flanquearon con devoción miedosa. -Lo único que me faltaba eran los alcahuetes. Yo ya vendí el harén, artiguistas de medio pelo.

-Artiguistas batllistas -se animó a corregirlo el futuro profeta de la heredad de sangre libertadora del Caciquillo.

-Mucho más pior. Los que piensan que la gloria nacional es el asadito gordo y ganar campeonatos de furbo ni siquiera son dignos de don Pepe. Y muchísimo menos de entenderle la inmaculación al reclutador de perros cimarrones que siempre va a flotar por encima de todos nosotros.

-La melliza le suelta la lengua -le hizo una guiñada el jorobado a Falco, que ya estaba muy curda.

-¿Ves? -rallentó hasta la exasperación el ritual del yesquero el ídolo con club. -Del marciano me gusta una sola línea. *Fuera locura pero hoy lo haría*. Y eso te alcanza y sobra para describir insuperablemente la *gracia de heroicidad* desparramada por los tres purificadores que este charco-vaquería no se merecerá nunca: el Moisés del Ayuí, el Imperator panorámico y el Gallego inventor del Constructivismo. Y el único pecado capital que perpetraron fue *Durar en la pureza*. Che, Maneco: ¿no me hacés el favor de decirle a Piccatto que yo lo quiero más que cualquiera de las perras por las que él se haría el harakiri? Y pedile que se remembre de la definición que le dictó el Maligno a Bitter Bierce para el sustantivo y adjetivo *Abandonado*.

-*El que no tiene favor que otorgar. Desprovisto de fortuna. Amigo de la verdad y el sentido común* -papagayó el gnomo. -Y decile a ese pobre soñador de aventuras con clítoris que yo también lo quiero.

-Ahora hay que seguir tomando en silencio media hora por reloj -les ordenó a sus adoradores el hombre muy belfudo. -Antes no le contesto nada a nadie.

Pimpollo

-Es que a mí esa porquería maravillosa me dio tantas ganas de vivir como cuando mi padre me enseñaba a nadar agarrada de una chalana -explicó María Esther, ordenándose el trasluz de una melena que resplandecía con una ingravidez idéntica a la de los sauces recién rebrotados.

-A mí también. Y es porque cuando escribió *El pozo* él estaba por cumplir 30 años y pudo juntar toda la pureza que le quedaba para despedirse del país de la juventud.

-¿Vos también escribís?

-Alguna cosa -se frenó para imitar la ceremonia del encorvamiento sobre la llamita Alsina. -Pero lo que me está llegando muy de a poco es un novelón que va a iluminar al mundo como las melodías del mayor prosista de todos los tiempos.

-No entiendo.

-Wolfgang Amadeus Mozart. Y te aconsejo que no te gastes en leer *Tierra de nadie*, porque la genialidad de Linacero se empantanó en la descripción de los cadáveres que amontonan su indiferencia moral en la calle Corrientes. Ahora que es un *hombre hecho* escribe nada más que pensando en los concursos y en las editoriales norteamericanas que le van a permitir comprarse un chalé en la playa y un Packard y todo eso que le daba tanto asco. Ya es un hombre *deshecho*.

-Bueno, yo antes de entrar a Preparatorios viví mucho tiempo obsesionada por dedicarme a curar a los locos.

-Pero es que ahora Onetti ya cultiva la *cordura* burguesa -arrancó un jasmín el hombrecito que zigzagueaba esquivando los declives de la vereda para disimular los dos o tres centímetros que parecían inferiorizarlo insoportablemente. -Esto es para vos, pimpollo.

-Ay, te juro que me hacés sentir Ingrid Bergman antes de tomarse el avión.

-¿Sabés lo que le escuché decir a Discépolo por la radio el otro día? Que está escribiendo un tango que trata sobre lo que sufría cuando era niño y apoyaba la ñata en las ventanas de los cafetines soñando con entrar al lugar milagroso que no encontramos nunca.

Entonces ella se clavó la corola en una oreja suspirando:

-Chogusto. Ya llegamos a casa.

-¿Pero me prometés que no vas a dejar que te llenen de baba igual que a un caramelo? Mirá que Linacero no es digno ni de besarte los vestidos, nena.

-Bye, Bogie. Y ojo porque odiar tanto es malo para el hígado.

Equivocación

-Ir con mi corazón de calle a calle -se levantó de golpe Equivocación Falco. -Subir a los pretilles, / gritarles que les quiero.

Y Piccatto no tuvo más remedio que ayudarlo a salir a la plaza a caminar un rato del brazo de la muerte, como todas las madrugadas.

-Tranquilo, Juan -muequeó Maggi, ennoblecido por su propia orfandad. -A lo mejor la Fabi hoy encuentra un hombre bigotudo que le pague una copa con ternura de padre. Igual que María Esperanza.

-Pero yo estoy más deshauciado que el punto de *Viejo smoking*, incordios. Desde que Mademoiselle Vibert se fue con el narrador de viva voz no hay *ersatz* para el *Niño Eyolf*. Hoy redacté el clasificado y todo: *Caballero 33 años, correcto, bien conservado, buena salud. 1.80 de altura, 75 kilos, inclinaciones artísticas, sueldo 120 pesos oro, uruguayo, desea formar hogar con muchacha perfecta. Dirigirse a Plaza Libertad 1174. Montevideo. Estricta reserva.*

-¿Y quién te dice que la muchacha perfecta no sea la nena que te vamos a presentar mañana? -se frotó las manos Maneco, que se animaba a tutearlo intermitentemente.

-Es que todavía no estoy decidido a delinquir un *affaire* con esa criatura. ¿Sabés cuál es la acepción del verbo *arruinar* inventada por Bierce? *Destruir. Específicamente, destruir la creencia de una doncella en la virtud de las doncellas.*

-Genial -se excitó el Pibe.

-Pero lo que yo vivo haciendo al salir de la agencia es tomar una bencedrina con un vaso de agua y vino hasta que siento el clic entre las vértebras y soy capaz de masacrarme la muñeca durante 1000 palabras para que mi pobre bolche recupere *la primitiva pureza y la fe*. Y todavía no sé cómo cerrar la historia.

-A lo mejor con este *flirt* terminás de inspirarte.

-A mí lo único que me importa en esta *vita nova* es volver a *acariciarle el sexo a la Dios Madre*. ¿Entendiste? Pobrecita la Fabi. Capaz que se encontraron con Equivocación ahí afuera y andan berreando atrás de las vacas azules. Te juro que hay veces en el mueble que sería capaz de asfixiarla con una almohada para que no sufra tanto. Echa una baba verde y bruxa peor que Mademoiselle Vibert cuando ya estaba pa dirse. Bueno, ahora tiro otra perla del Bitter en el chiquero y me voy a roncar. *Anormal*. Adjetivo. *Que no responde a la norma. En cuestiones de pensamiento y conducta ser independiente y ser anormal es ser detestado. En consecuencia, el autor aconseja parecerse más al Hombre Medio que a uno mismo. Quien lo consiga obtendrá la paz, la perspectiva de la muerte y la esperanza del Infierno.*

EPISODIO 4: HUEVOS

Bebop

El taller fundado por Torres García después de disolver la Asociación de Arte Constructivo funcionaba en una casa alquilada frente a la suya, y aquel año algunos discípulos tempraneros se reunían todas las tardes a escuchar apasionadamente a los reyes del *bebop*.

-*Do not go gentle into that good night* -pegó un salto de golpe Guido Castillo al otro día de la conferencia en Humanidades, mientras Charlie Parker espiralaba sus resoplidos áureos bajo un cuadro de Augusto bautizado *Jazz*. -*Rage. Rage against the dying of the light*.

-¿Y eso? -se electrizó Gonzalo Fonseca, el vecino del Prado que había introducido al literato en el constructivismo.

-Son dos versos de un poeta galés que encontré en una revista del Anglo y acabo de sentir que *Out of nowhere* dice exactamente eso.

-*No te dejes asfixiar por la seda nocturna* -improvisó una traducción tan irrespetuosa como conmovida Fonseca: -*Rabiá, rabiá contra la agonía de la fe.*

En ese momento don Joaquín salió del cuarto donde pintaba a solas para clavarle una claridad terrible a su mansísimo y ya muy calvo hijo mayor, que tuvo que resignarse a interrumpir la música de un manotazo:

-Vamos, que este demonio de Augusto no se cansó de tentarnos con Velázquez y ahora oscurece todo con estas lamentaciones del mismísimo infierno. Y yo que trabajé toda la tarde para encerrar el infinito en una estructura sin grafismo ninguno. ¿Es que no les alcanza con los himnos que cantan mientras entran a las cámaras de gas los hombres-esqueletos?

Y después de arrancarse la túnica apenas manchada, el maestro descolgó un sacón de tweed para sobreabrigarse con vulnerabilidad proustiana y prender una pipa frente a la *quematuti*:

-Yo creo que Onetti va por mal camino coleccionando tanta plasta extranjera, pero lleva toda la razón cuando dice que esta raza expresa místicamente la imposibilidad de una salida tangible en aquel norte que nunca será el nuestro. ¿Le molestaría repetirme esos versos dignos de Shakespeare, Castillo?

-Sé el poema entero, don Joaquín.

-Ah, qué bien. Y no estaría nada mal escucharlo contrapunteado por ese saxofonista que parece perseguir la PAX IN LUCEM que nos está esperando a todos fuera de la caverna.

Entonces Augusto volvió a incrustar en la bandeja la luna negra de 78 revoluciones con felicidad de perro.

Ostras

-Fijate vos -le alcanzó Ángel Rama a Mario Arregui una página muy amarillenta de *El Día* que acababa de encontrar en la casa de un pianista amigo. -1926. Felisberto Hernández entrevistado *tête a tête* como músico, nomás. Y eso que ya había publicado dos libritos.

-Pero qué maravilla, carajo -hizo fondo blanco con una ginebra y empezó a leer en voz alta el borgiano más fanático de la barra del Metro: *-Sobre todo hay dos grandes peligros en los intérpretes. Uno de ellos es no tener técnica. Me refiero a la falta de conocimiento del estado actual de la técnica, que da facilidad y buenas calidades de instrumentistas. Y es éste el peligro más visible. Pero hay otro peligro muchísimo más grande, en el que caen los grandes intérpretes de la Humanidad: el tener técnica. Porque la transforman en un fin, en vez de hacer de ella el medio que debe necesariamente ser. Es la obra artística al revés, pues viene a ser un medio para la exposición de determinada técnica. Y si la actividad estética del genio es producto de la enfermedad del genio, como la perla es el producto de la enfermedad de la ostra, queda tan ridículo el aparentar esa enfermedad estética, como el poner ciertos productos químicos a las ostras para que den perlas. Y en música, se conoce fácilmente al que va a buscar las cosas -aunque las encuentre- y aquel a quien vienen -digamos así- por una superioridad innata del espíritu.*

-¿Te das cuenta que cuando habla del *estado actual de la técnica* está mostrando lo que sufría él en la década del 20 para encontrar referentes vanguardistas en la prosa escrita en español? No te olvides que Onetti se salvó metiéndole diccionario a Faulkner y a Céline.

-Pero al final el gordo hizo un menjunje con Debussy y Stravinski y armó frase, Angelito. A mí lo que me importa es lo que dice sobre la enfermedad de las ostras. Mirá cómo les saca el jugo a los complejos infantiles Onetti: parece que los cuidara.

-Bueno, acá lo tenemos en persona al Fulano de Tal -se paró Rama para señalar aparatosamente al hombre bamboleante y con distracción de sapo que no iba casi nunca a las peñas del Metro. -Es que hace un rato nos cruzamos con Amalia en la plaza y le comenté que tenía esta reliquia y él debe haberla perdido.

Entonces Felisberto Hernández sacó un pañuelo de blancura tan estropeada como la página de *El Día* para aplastarse los goterones de timidez mientras sonreía hacia la barra:

-¿No saben si en este café preparan huevos fritos?

Ficción

-Se llama Dylan Thomas y es galés -le explicó Guido Castillo a don Joaquín, que ahora se había agachado frente a la *quematuti* y fumaba entrecerrando una fosforecencia de espesura asustante.

-¿Y el saxofonista?

-Charlie Parker -murmuró Augusto. -Fue después de escuchar *Out of nowhere* que Onetti tuvo que escaparse a llorar a la calle aquella noche.

-Ah, cuando los Cáceres lo encontraron sentado en el bordillo y llamando a la madre igual que un crío.

-Estaría muy borracho -largó una risita Alpuy, bocetando compulsivamente en un block los perfiles de todos.

-¿Y usted qué piensa de esa armonización divina que acaba de producirse cuando leyó al galés contrapunteado por el saxofonista, Castillo? -le crujieron las piernas al maestro mientras perforaba la humareda maloliente y azul con dos pinceles cruzados como para exorcizar a los muchachos. -¿Acaso piensa que esta síntesis de dos esencias artísticas es fuego de artificio hecho para sobrellevar la desolación de la caverna donde la mayoría de los homúnculos vencidos son apenas criaturas a medias que han perdido la ruta?

-Pero lo que se denuncia en *Tierra de nadie* es justamente esa indiferencia moral del hombre que ya no tiene fe ni interés por su destino -se atrevió a retrucar Augusto, que había quedado fascinado con el diseño huxleyano del novelón.

-¿Y es que acaso te olvidas de que Onetti también ha intentado satanizarnos con su teoría de que la *ausencia de Dios* sólo puede compensarse con *ficciones religiosas*?

-A las que él prefiere llamar *hechos religiosos* o *vidas breves*.

-Toma ya. Y a los postres tenemos que para el filósofo Periquito los tres puentes de acceso a la PAX IN LUCEM serían el arte, el sexo y el alcohol -pegó un salto tan furibundo el viejo que Fonseca y Alpuy levantaron los brazos igual que si estuvieran defendiéndose de un pelotazo en una barrera futbolística.

-Pues yo encuentro divertida esa atribución que hace de la autoría de sus obras a los dictados de un ángel Apolinario que se le esponja en las espaldas en cualquier momento.

-Y yo a esos argumentos propios de un *delirium tremens* se los estrujo así -se partió un pincel contra cada rodilla el hombre de melena blanquísima. -Una *ficción* es un *símbolo*.

Y en ninguna *verdad simbólica* emergida de las profundidades del *ser* hay ausencia de Dios. Y aunque a nosotros el manicomio nos quede a pocas cuadras quien deberá mudarse a Millán 2515 va a ser él, con ángel secretario y todo.

Sinvergüenza

Felisberto Hernández releyó abstraídamente la entrevista que había conseguido Rama y dijo parpadeando con viscosa timidez:

-¿Onetti sigue viniendo a copetinear al Metro?

-Estas últimas semanas se encierra toda la noche porque tiene que terminar un novelón en setiembre -informó el adolescente tan investigativo como chismoso. -Algo contra el fascismo.

-Es que yo tenía ganas de picar huevos fritos. ¿Están seguros de que aquí los despachan?

-Yo creo que no hay problema en pedirle al gallego que se los prepare, aunque en un café de plumíferos sale poca minuta -le deslizó una guiñada burlona Rama a Arregui, que estudiaba al ex-pianista como si fuera un espécimen de compleción anímica más extraplanetaria que la de Equivocación Falco.

-Es que Onetti no tolera las apariciones escandalosas de nuestro *sinvergüenza* -explicó Felisberto. -Y desde que me vio pedir doce huevos fritos para ir haciendo boca en una cena del Forte Makallé no me habla más.

-Coño -carcajeó Arregui. -Y a mí tampoco, desde que me oyó advertirle a un poeta que no se apurara a ir a ver a la mujer al sanatorio porque hasta un mes después del parto está prohibido mojar el bizcocho.

-Perdón -se desinteresó Rama de las alergias onettianas. -¿Y ahora que usted ya dejó los conciertos se siente liberado de aquella obsesión de no traicionar al compositor con la falta de respeto del temperamento interpretativo?

-No. Ahora es mucho más triste. Porque el amo pasó a ser el *sinvergüenza íntimo* y el escritor su criado.

-¿Tan así?

-Fijesé que hace meses estoy dejando crecer la plantita de un cuento donde un acomodador echa luz fosforescente con ojos de otro mundo pero la cara se le vuelve una monstruosidad peor que el bicho de Kafka. ¿Leyó *La metamorfosis*?

-Claro -saltó el apaisado admirador de Borges. -Pero en *Por los tiempos de Clemente Colling* no hay cosas como esas.

-¿No puede hacer el trámite por los huevos fritos, Ángel? -se distrajo frotándose las delicadas zarpas ya rollizas el hombre condenado a vivir de por vida en el zoológico intelectual de *Tontovideo*. -Y pida champagne, que era lo que se zampaba Proust para enfermarse las perlas hasta dejarlas con más colorete que un duraznero en flor.

EPISODIO 5: CARTAS

Gemelos

-Eso que te pasó con Alsinita parece un cuento del propio Onetti -se puso en guardia el Pibe, con una sonrisa helada.

-El petiso es un pobre infeliz con berretines de novelista y no va a dejar de ser un cagatintas de cartelera cinematográfica -chistó Maneco, contemplando con hambre las yemas que le hinchaban disneicamente la blusa a María Esther. -Y ahora anda diciendo que las 250 páginas de *Tierra de nadie* son pura carrocería de relleno que le agregó al motor de *El pozo* para poder concursar.

-Lo que no pudo fue aguantar que el novelón ganara un premio en Losada, aunque me parece que esta vez la envidia viene por otro lado -hizo retroceder un largo puño de su camisa aporteñada Maggi. -Lo enloqueciste, flaca.

-Y lo que me da más lástima es que nos haya estado espiando a lo Bogart mientras fingía leer *Marcha* -se ensañó Flores Mora. -Es un petiso mental.

-¿Y por qué te da lástima?

-Porque todo eso que dijo del país de la juventud y los hombres deshechos y de que Linacero no es digno de besarte los vestidos es como estar oyendo a Onetti. Lo imita hasta en la cursilería tremendista.

-Pero el enamoramiento que lo hizo regalarme el pimpollo era de él -hizo un gesto fastidiado para cubrirse los pequeños pechos con las solapas del chaquetón la muchacha.

-Mirá que si vos pensás que armamos este *rendez-vous* por adulonería yo lo llamo inmediatamente al genio a Reuter y listo el pollo -se acodó con las manos estiradas sobre la mesa Maggi, ostentando los gemelos de oro 18 que le había regalado la novia el día anterior.

-De ninguna manera. Pero tampoco vayan a creerse que esta es una aventura inventada por ustedes. Porque me la busqué yo.

-¿Y Alsinita te comentó que Onetti piensa que *El pozo* es un mamarracho hecho a las patadas porque le apareció una chance para publicar algo? -se crispó el futuro político que sería capaz de llegar a batirse a duelo sintiéndose un Errol Flynn defensor de la honestidad batllista.

-Bueno, por algo yo les comenté que me parecía una porquería maravillosa.

-Y *c'est vrai*, caramelo. Porque la *belleza invisible* de la que hablaba Anatole France sólo existe a través de una comunicación brutal, sucia y espesa -se floreó el Pibe, recitando una de las primeras lecciones que les había gruñido el pope sanmariano entre aquella humareda infestada de sabiondos y suicidas donde lo único que aprendieron de verdad fue a quererse a sí mismos.

Altar

El *rendez-vous* estaba pactado para las siete, pero aquella tarde Onetti salió más temprano de la Reuter y al bajarse del tranvía volvió a bajar por Tapes en sentido contrario al caserón con rejas constructivas de la calle Abayubá.

Acababa de despacharle una carta a Payró fingiendo una indiferencia demasiado excitada sobre el posible *affaire* folletinesco: *Nada tentador de mi vida privada para contarle, salvo algo regodeante en prólogo que no sé si sigue, si acaba bien o mal. Una niñita leyó libros de Onetti y jorobó a los compañeros de estudios para que le presentaran a Onetti hasta conseguir alguno más bondadoso o que la quiere mal en secreto y que se ha puesto en campaña para unirnos. Hasta hora, nada más que teléfono (yo tengo que escribir mil palabras por día). Muy inteligente, absurda: Y TIENE DIEZ Y SEIS AÑOS Y USA BOINA*

Y LEE NOVELAS ANDANDO POR LA CALLE. Bueno, confieso que las mayúsculas son retóricas, para darle a usted una adecuada sensación de deslumbramiento que yo no tengo.

Y al pararse frente al templo necesitó torcer el perfil con el cigarrillo todavía apagado hacia al baldío esquinero de Jujuy y la automática irrupción de un graznido más himnico que el del pajarerío lo hizo suspirar hondo:

-Mientras recorres la vida / tú nunca solo estás / contigo por el camino / Santa María va.

Entonces el hombre de melancolía caballuna contempló el resplandor del santuario y gruñó:

-Gracias, madre.

-Vení -le gritó de repente la novia que se escondía en la higuera, asomando una sonrisa botticelliana. -¿Querés jugar a casarte?

-Yo preferiría que siguieras cantando -prendió el cigarrillo mientras cruzaba el empedrado el novelista que casi no dormía pero que ahora arrastraba los pies más por felicidad que por cansancio.

-Bueno. Pero antes me tenés que bajar en brazos como un novio.

-¿Cómo te llamás?

-Andrea. Y me paso escribiendo poesías. ¿No podrás tirar ese cigarrillo, por el amor de Dios?

Y después que Onetti atravesó el alambrado para abrir dulcemente los brazos ella fue reconociéndose los remolinos de las puntillas y antes de saltar dijo:

-¿No te enseñaron en la escuela que los hombres no lloran?

Confesión

Cuando se hicieron las ocho y media el Pibe y Maneco ya no podían disimular el miedo de que el pope los dejara plantados, y la muchacha trató de tranquilizarlos con una displicencia que le había estudiado aplicadamente a Rita Hayword:

-Bueno, tengo que confesarles que hoy me puse loquita y llamé a Onetti a Reuter.

-Opa -cabeceó Maggi, con la desilusión de quien ve retrasarse irrecuperablemente a una potranca favorita. -Mirá que si se dio cuenta que tenés menos de 17 estamos fritos, porque en eso no transa.

-Sí. Fue una *gaffe*, mijita -no pudo retener un paternalismo baboso Flores Mora aunque cuando se animó a rozarle la melena ella se lo sacó de arriba como a un vampiro.

-Pues no tienen razón, plumíferos de poca fe. Porque le canté 16 y después me animé a decirle que me muero por leer lo que está escribiendo contra el fascismo y Onetti me contestó que esa novela iba a ser un *cínico intento de liberación* habiendo tanta gente que pelea de verdad mientras nosotros jugamos a arreglar el mundo en los boliches.

-Pero mirá que saliste careta -se le espejaron los gemelos en la mirada innatamente oportunista al Pibe. -¿No querés hacer algún reportaje para *Apex*? Todavía no podemos pagarte las notas, pero agarrarías oficio. Hacele uno al Viejo Torres, por ejemplo.

-¿Y vos te pensás que yo nací para ser una periodista perseguidora de ídolos?

-Es que ese es justo el tema que le pela los cables a Linacero -hizo memoria fruncidamente Maneco. -Recién ahora me doy cuenta de lo que quiso decir el otro día cuando le vino el ataque de piedad y se puso a aconsejar a la Fabi como si fuera el Príncipe Idiota. ¿Te acordás?

-Lo que pasa es que necesita encontrar un final milagroso para que el pobre personaje bolche recupere la *primitiva pureza y la fe* y tiene miedo de mancarse unos metros antes del disco.

-¿Pero no te das cuenta que si no le cierra la historia es capaz de no aguantar más *su pozo* y suicidarse? -se paró para recoger el tapado y ponerse los guantes María Esther.

-¿Sabés que sos brillante, caramelo?

-Sí. Brillo pero pincho. Ta. Hoy ya no va a venir. Pobrecito.

-¿Tan jodido lo ves?

-No me digas que les tengo que explicar a dos literatos que el verdadero infierno es la incapacidad de amar. ¿No acaban de nombrar al Príncipe Idiota, incordios? Bueno, ahora armá otro *rendez-vous* para dentro de unos días porque me juego entera a que la segunda vez viene.

Estratósfera

Onetti llegó a la casa de los Torres cuando el maestro no había terminado su jornada pictórica y encontró a Manolita y a su hija divertidísimas con la relectura de una carta que les acababa de mandar Olimpia desde Barcelona.

-No sé si usted recuerda que tenemos un nieto de tres años -explicó la mujer de muchachez perenne.

-Si, el que se llama Demian -midió con un respeto de monje las curvas de Ifigenia el hombre que parecía aureolado por la felicidad.

-¿Un cafecito? -sonrió la muchacha.

-Claro. Y como les gusta a ustedes: Caliente, Amargo, Fuerte y Escaso.

-Pues parece que este Demian se ha criado en una escasez de posguerra donde los niños se volvieron fatales tratando de colaborar pícaramente con la familia en los expendios de pan y de sopa. Y ahora Olimpia me cuenta que fueron a visitar a Miró y el pobre hombre les estaba mostrando una cerámica sin cocer y mi nieto le arrancó el asa y salió corriendo -se atoró con el humo Manolita. -Y entonces Joan lo perseguía para matarlo y Yepes perseguía a Joan y dieron no sé cuántas vueltas por el salón hasta que pudieron pegarle el asa a la jarra y nadie mató a nadie. ¿No es divertido?

-¿Sabe que cuando entro a esta casa tengo la sensación de trasladarme a una especie de estratósfera donde Dios se olvidó de inventar la desgracia?

-Y no se olvide que durante dos años no supimos ni siquiera si mi hermana y el marido estaban vivos -trajo el pocillo Ifigenia, que había perdido al novio al principio de la Guerra Civil.

-Pido disculpas por entrometerme -le acercó el yesquero Onetti a la pequeña mujer muy parpadeante y ya un poco gibosa. -¿Pero a ellos no les convendría emigrar?

-Es que Olimpia está encinta. Tal vez luego que nazca el otro crío. Yo ya se lo he propuesto, aunque hay que reconocer que Torres y Yepes nunca hicieron buenas migas. Fíjese que en el 34 los obligó a viajar con nosotros nada más que para verlos casarse en familia.

-Eso no lo sabía.

-Pues así son los hombres que usted llama *extraordinarios* -se le puso casi sórdido el rictus de desencanto a Ifigenia.

Entonces Manolita volvió a carcajear hasta atorarse y hubo que terminar golpeándole la espalda mientras ella repetía con lágrimas de euforia:

-Es que esa maratón detrás del niño que le robó el asa a la cerámica no es capaz de inventarla ni Chaplin. ¿No le parece, Onetti?

EPISODIO 6: PRIMUS

Llamita

Onetti se fue antes de que empezara la tertulia torresgarciana, argumentando intrigadoramente que acababa de ver a la encarnación infantil de la Virgen del Perpetuo Socorro escondida en un baldío y le era imposible demorarse hasta la madrugada para dibujar las 1000 palabras diarias de su novelón.

Guido Castillo y Gonzalo Fonseca llegaron caminando desde el Prado con la esperanza de conocerlo pero terminaron por ser presentados al juglar de las boquillas irisadas y la corbata palomita, que estaba entusiasmadísimo por la renovación del taller constructivista.

-Nosotros nos hicimos hermanos con Juan Carlos cuando la dictadura de Terra clausuró el diario *Uruguay*, donde yo trabajaba como corrector -les midió la avidez Espínola a los militantes veinteañeros. -Che, ¿y entonces ustedes tienen ganas de meterse en serio en este baile?

-Yo pienso que a la pintura habría que prohibirla con pena de muerte -desnudó los colmillos Gonzalo, con un indisimulable *touch* de señorito disfrazado de reo. -Sería la mejor manera de descubrir quienes son los que quieren trabajar de verdad.

-¿Usted sabe que yo conseguí un ejemplar de la *Revista Multicolor* donde se publicó *Las tres confusas borracheras*? -dijo Guido, infantilizado por la novelería.

-Pero cuando se reedite en un libro le voy a poner *Qué lástima*, nomás. Ese título es una compadrada que no expresa bien el fondo del asunto. Y salió justo el año que me las tuve que arreglar amurado en una pensión, nada más que con un primus y a dieta forzada. A mí me gusta llamarle *la época de la tristeza de la llamita*.

-Ese sí que sería un lindo título para un cuento.

-Y aquel año también publiqué *Sombras sobre la tierra*, que en el 34 fue la única novela presentada al concurso municipal declarado desierto. ¿Cómo iban a premiar algo hecho en un quilombo? Y Juan Carlos caía a matear y comentábamos algún libro nuevo o podíamos quedarnos horas mirando la llamita. Y un día él acababa de cobrar el sueldo en la concesionaria y se ofreció a prestarme unos pesos pero me sentí peor. *Lo que sí nos podríamos dar es un banquetazo en un buen restorán*, retruqué. Y ahí nació la hermandad.

-Deben haber terminado más borrachos que los paisanos del cuento.

-Es que ahí está la falla del título firuletero que me dio por inventarle. Porque lo que yo quise fue conseguir el clima de la *ebriedad angélica*. Y te puedo asegurar que de aquel restorán también salimos abrazados como Sosa y Juan Pedro. Y ascendíamos en alas de amor sobre los mundos.

Inundaciones

Felisberto Hernández pidió prestada la entrevista de *El Día* y aquel sábado fue a mostrársela al Dr. Cáceres, el psicoanalista pionero que a fines de los 20 pudo convencerlo de que su vocación estética se manifestaba con más originalidad en la literatura que en la música.

-Pero qué interesante es ojearla tanto tiempo después -le alcanzó el diario a su esposa el hombre de bondadosa barbaza redonda que terminaría siendo supremamente retratado por Augusto Torres.

-El muchacho que me lo consiguió cree que en ese momento yo ya estaba hablando de los problemas técnicos que tenía para hacer mis cuentitos, pero lo que me asusta es que ahora tengo que interpretar a mi *sinvergüenza íntimo* y esa responsabilidad es mucho más enloquecedora que no fallarle a Beethoven. Mire: últimamente me siento más desgraciado que el soñador de *El pozo*. Y muchas veces pienso que cuando uno pierde hasta la fuerza para esperar a que llegue la muchacha resucitada en la tormenta lo mejor es irse al mazo.

-Por ahora lo primero que tiene que hacer es tomarse un cognac panzón -se paró sobreactuando una jovialidad despreocupada la poeta Esther de Cáceres.

-¿Ve, doctor? Ella entendió enseguida que me estoy refiriendo a la tentación del suicidio.

-¿Pero usted también es de los que piensa que las confesiones de Linacero son un canto de cisne? -compuso una candorosa desdramatización profesional el hombre a quien Felisberto visitaba muy a menudo en el Vilardebó. -¿Cómo se va a escapar del mundo un hombre que acaba de rajarse las vestiduras con tanta heroicidad?

-¿Y eso del *sinvergüenza íntimo* qué vendría a significar? -volvió con una bandeja la poeta mística ya renombrada internacionalmente.

-Gracias, *ma Dame* -recogió su copa el hombre de desesperación rolliza para acercarse al ventanal de la torre del Rex. -Es que después que apareció *Por los tiempos de Clemente Colling* me di cuenta que me va a ser imposible volver a escribir algo largo. Porque lo

único que me manda interpretar el *fulano* son chorreras que giran alrededor de los muebles de mi alma como para dejarlos limpios y muertos.

-¿Y ese *fulano* sería el *sinvergüenza*?

-Sí. El que me manda las inundaciones. Y le puedo asegurar que es un déspota más insoportable que Beethoven y Schumann juntos.

Entonces el doctor Cáceres recogió su copa y le hizo una seña a su esposa de que dejara al hombre contemplar tranquilo el socavón ya estrellado del crepúsculo.

Diablo

-Sobre el mostrador pendía la pendía la lámpara -se aplastó de repente la gomina con una desmandada teatralidad Guido Castillo. -Las sombras de los amigos se acortaban. Ellos callaban. Bebian caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel “¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!” que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un “¡Qué lástima!”, sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía más allá de las nubes y las mostraba así, desoladas, míseras, a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor.

-Pero mire qué cosa -enfocó por arriba de los lentes Espínola a Fonseca. -Dicen que una vez Cervantes descubrió a un campesino que les estaba leyendo una parte del Quijote a otros que eran analfabetos y sintió que ya estaba cumplido en la vida. Yo ahora me siento así.

-¿Y usted cree que existe ese *alguien* capaz de acomodar mejor las cosas? -retrucó desafiantemente el muchacho que con los años sería capaz de hacer un curso relámpago de alemán nada más que para recitar a Goethe.

Y cuando se dieron cuenta de que Torres García los estaba escuchando como si las chupadas a la pipa le hubiesen desorbitado el braserío azul hasta la incandescencia hubo un silencio apenas cortado por toses atabacadas.

-¿Y usted sigue escribiendo su poema épico, don Paco? -terminó de acercarse el dueño de casa. -¿Cómo era que se titulaba?

-Don Juan, el Zorro. Pero lo tengo abandonado hace tiempo porque se lo quería dedicar a mi padre y me faltó el aliento. Ahora tengo pensado hacer primero una serie de *Cuentos con el diablo*, que también vengo escuchando desde chico en San José. Y esto que me acaba de preguntar su discípulo el literato me viene a pelo para explicar que con el tema

místico me siento igual que Onetti: ciego, atento y muy solo. Pero cuando se me aparece el mandinga en la inmensidad lunar a tentarme con la mágica negra ni siquiera lo miro.

-Y sin embargo tanto usted como Onetti esperan que alguien nos *acomode* las desolaciones, como si no fuésemos capaces de recuperar un rumbo terrenal guiados por el espíritu que nos habita a todos.

Entonces llegó Manolita a recargarles los pocillos con el terciopelo amargo y fragante de las tertulias y comentó arrancándole una hebra de tabaco a su media sonrisa:

-Pues qué se le va a hacer si para mi marido el mundo avanza en lugar de dar vueltas. Y ya pueden irse acercando al piano, porque hoy pensamos ofrecerles el primer movimiento de *La primavera* de Beethoven con Horacio. Y esta vez me obligó a estudiarla con metrónomo.

Nácar

Fue recién después de servirse la segunda copa que el doctor Cáceres sacó de la biblioteca el ejemplar de *El pozo* caratulado por el falso Picasso y leyó:

-Yo soy un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad; la noche me rodea, se cumple como un rito, gradualmente, y yo nada tengo que ver con ella. Sonrío en paz, abro la boca, hago chocar los dientes y muerdo suavemente la noche.

-A lo que tendría que contestarle con todo mi humilde respeto que ahora me está haciendo trampa, don Alfredo -se dejó caer en un sillón Felisberto con muchísimo cuidado para no derramar el cognac.

-Bueno, yo acabo de recibir una carta de Susana Soca que me parece que tiene mucho que ver con lo que usted llama *la enfermedad de la ostra* -sacó dos hojas Esther De Cáceres de un sobre matasellado en París. -Y ella me cita este párrafo que tradujo de *La nube del no-saber*, un libro anónimo escrito originalmente en inglés y redescubierto hace muy pocos años.

-Y le advierto que puede confundirse con San Juan de la Cruz -la complementó el psicoanalista que siempre supo acomodar sus intuiciones a la inevitable formación freudiana recibida en la facultad. -Pero es del siglo XIV.

-A mí me conmueven mucho estos tratamientos místicos que le dedican a mi *sinvergüencismo* -suspiró el hombre globulado por la desesperanza. -Adelante, *ma Dame*.

-Si lloraras en perpetuo llanto tus pecados y la Pasión de Cristo y ponderaras incesantemente los goces del cielo, ¿crees que te haría algún bien? -salmodió con exacerbamiento de cantante de ópera la mujercita obesa. -Mucho bien, no me cabe la menor duda. Estoy seguro de que aprovecharías y crecerías en la gracia, pero en comparación con el ciego impulso del amor, todo esto es muy poco. Pues la obra contemplativa del amor es la mejor parte y pertenece a María.

-Ah -dejó que se le bifurcaran hacia la copa dos caireles sebosos el hombre que ya había perdido dos botones del chaleco reventón. -Era eso.

-Sí -puso de nuevo en la biblioteca el librito acusado de degeneramiento y amoralidad Cáceres. -Y estoy seguro de que la *sustancia extraña* infiltrada en esta ostra que terminó por encandilar al mismísimo Torres fue lo que podríamos llamar el *nácar de María*. Ese es el precio que ustedes pagan al trabajar orientados nada más que por el bordecito de oro de la nube negra.

-Pero mire qué cosa, diría Paco poniéndose más carretillado que un cocodrilo -provocó una carcajada unánime el ex-pianista mientras desapelotonaba el pañuelo mugriento.

EPISODIO 7: PRIMAVERA

Rumor

El segundo sábado de setiembre ya hubo un atardecer completamente primaveral y Alsina Thevenet entró a Reuter con un traje y un panamá impolutos que lograron desarmar la impavidez de Onetti.

-Felicitaciones -hizo una reverencia el hombrecito con los colmillos relumbrantes de odio. -En el Metro es voz corrida que el libraco fue terminado el 15 de madrugada, a poquísimas horas del cierre del plazo del concurso.

-Sí -demoró un cigarrillo en juntar paciencia el hombre que había pasado las mejores horas de su infancia y su primera adolescencia leyendo encerrado en un ropero y en un aljibe cualquier libro o revista que le cayera en las manos y jamás pudo sobreponerse a la posterior *ajenidad* y *anchura* de otra clase de mundo. -Y Basilio además te informaría que fue una inmundicia que tuvo que dictarme con las alas plegadas de sueño, gravitando alternativamente sobre las plantas de sus rosadas pezuñas, sin respiro, torturado por

amenazas y palabrotas y sostenido por la prostituida esperanza de dólares, premios y fama.

-¿Y cuál fue el demagógico título elegido para sacarle mejor el jugo a la demagogia antifascista?

-*El perro tendrá su día*. Una canción que le hace caer la bombacha a la Fabi.

-¿Y encontraste la truculencia para que el personaje bolche recuperara la *primitiva pureza y la fe*?

Esta vez Onetti se volvió a sumergir en una carta que le estaba escribiendo a Payró pero el muchacho que se creía dotado por una gracia de fluidez más mozartiana que la de Scott Fitzgerald supo arponearlo irreversiblemente:

-Y te advierto que el rumor más importante que circula en el Metro es el de que al final aceptaste el *rendez-vous* que te propusieron los alcahuetes de *Apex*.

Entonces el hombre de delgadez casi raquítica demoró tanto en sacar un pañuelo para secarse los lentes que al incordio se le fue petrificando la mueca de matón jolivudense:

-Lástima que la merza azteca hoy va a quedarse esperando en la platea a que el sacerdote premiado en Buenos Aires le arranque el corazón a Blancanieves. Porque vos ya no tenés los cojones que hacen falta para celebrar esa clase de descuartizamiento. Linacero está más muerto que cualquier personaje de *Tierra de nadie* y por más que le puedas revivir la pureza a algún bolche de folletín para hacerte famoso y comprarte un chalecito en la playa, nunca más va a salirte algo mejor que *El pozo*.

Espíritu

-Lo único que tiene feo es la nariz -le había comentado Tola Invernizzi a Arregui en la mesa de los bolches, cuando la muchacha entró al Metro impresionistamente aureolada por una pañoleta y una capelina que parecieron instalar de golpe todo el esplendor de la plaza entre el humazo sórdido.

-*Voilà* -codeó el Pibe a Maneco. -Ahí la tenés disfrazada de Ceci y todo.

-Y fijate en las caras que pusieron los giles. Si tenemos hasta a Angelito Rama de *voyeur*. Y se armó mesa de *Marcha* y todo.

-Bueno, hay una sorpresa -parecieron silbarle los pequeños pechos a María Esther mientras acomodaba un ejemplar de *Tierra de nadie* entre los pocillos. -Esto me lo trajo a casa el aspirante a Bogie y la verdad es que me asustó de veras.

-¿Pero qué más querés? Es la primera novela metropolitana moderna escrita en castellano.

-Mirá: yo fui católica hasta los 12 años y el catecismo me aburrió muchísimo y ni siquiera me hizo gracia tener que disfrazarme de novia de Dios. Pero de lo que no te olvidás nunca es de *adorar* la fuerza del Espíritu.

-¿Querés un café?

-Claro. Pero ahora lo que quiero más que nada en la vida es que el soñador de *El pozo* no se quede sin Espíritu.

Entonces Maggi y Flores Mora carcajearon con una mecánica más simpática que sobradora.

-Y creo que hoy no va a venir, tampoco -los midió con una repulsión asmatiforme la muchacha. -¿Vos no sos el que querés ponerle de título a tu primer libro *Polvo enamorado*, Pibe?

-Sí. Lo tengo pensado desde que iba al liceo.

-¿Y un militante de don Pepe va a usar un verso de un tarado que creía en *el amor constante más allá de la muerte*? ¿O te creés que Quevedo no era tan religioso como el estadista de los pueblos libres o el pintor al que le baten tanto el parche en *Apex* porque dibujó la América del Sur al revés?

-Para empezar, no grites -se le helaron la complacencia y la tolerancia laica al futuro autor de *Frutos*.

-Y además no dramáticas, caramelo -le era imposible al aprendiz de prohombre no dejar de sondearle la transparencia de la blusa floreada a la criatura disfrazada de *femme fatale*.

-Pa. A estos giles les va a terminar saliendo el tiro por el culo -se empezó a divertir Arregui en la mesa de los bolches.

Uñas

Y de golpe María Esther puso una moneda en el mármol y se escapó del Metro taconeando con violencia y se fue en taxi a su casa para llamar inmediatamente por teléfono a Reuter.

-Hola, idiota -graznó contemplándose las lunitas que le dulcificaban la *terribilità* a sus uñas de vampiresa.

Y enseguida de recibir como única respuesta un resoplido humoso se decidió a embanderillar del todo al hombre que le había escrito a Payró el 31 de agosto del año anterior: *Estoy casi resuelto, esta noche -hace muchas horas que no duermo por causa de Reuter- a iniciar mi fe en el milagro. Explíqueme si sólo sirve que la necesidad de milagro se le forme a uno desesperada e inconscientemente o si puede ayudar el aceptar con el cerebro y el resto que uno tiene necesidad de milagro.*

-¿Sabe que el pifurito que acaba de prestarme *Tierra de nadie* tenía razón cuando me advirtió que usted ya era un hombre deshecho?

-Usted cree -contrapreguntó Onetti, escrachando otra humareda en la rejilla cloacal del teléfono. -Y espantemos de la conversación al insecto que ahora se encasqueta los requesones con un panamá al tono o le cuelgo ipso facto.

-¿Si creo en qué?

-En la Inmaculada, m'hija.

Entonces a la muchacha le palideció cadavéricamente el maquillaje y no tuvo más remedio que toser para disimular una culpa de puta:

-A misa no voy más desde que dejé la escuela.

-Pero lo que yo necesito es un Perpetuo Socorro. ¿Eso la asusta?

-No.

-¿Qué le parece si la espero en la rambla mañana a las nueve de la noche? ¿En la bajada de Pereyra, puede ser?

-Puede ser.

-Y le pido disculpas por haberla plantado dos veces, pero ni soy un genio ni tengo edad para andar excitando a renacuajos incapaces de comprender medularmente a la poca literatura que nos queda en el charco.

-Yo pienso ser abogada.

-Lo bien que hace.

-Y mire que sigo muerta de ganas de leer lo que escribió contra el fascismo -se manchó un índice con el rouge y lo puso en la boca del tubo María Esther. -Y además creo que usted nunca va a perder la fe en el Espíritu Santo.

-Si usted lo dice, m'hija.

Curda

Onetti llegó al Metro de madrugada y fue directamente a la mesa de Piccatto, que esa noche se había peleado con mucha gente y ahora borroneaba un poema agitando las jorobas como si cabalgara.

-¿Podrías leerme algo tuyo, hermano? -rogó el autor de *El pozo*, después de vaciar dos cañas dobles sin hielo ni soda en menos de media hora. -Parecerá mentira, pero siento una especie de antojo de tomar sopa roja como la que supongo que le prepararía la Inmaculada al pobre San José. Un menjunje color sangre.

-Ah, sí. De remolacha.

-Dicen que es muy buena para fortificarse cuando tenemos que obedecer las órdenes del Señor, aunque lo que nos encargue nos parezca completamente imposible. Construir un palomar de tres metros de diámetro de altura y dos de ancho, por ejemplo. Y de un día para el otro.

-*Alguien, / cuando entre brisa y árbol / suelta la mariposa su pana* -jadeó entonces el hombrecito derramando una especie de ternura acuchillante- *y es una inmensa flor en llamas / la tarde / y su cristal / alguien / alguien me quiere amar y no se atreve!*

-*Voy en curda no lo niego / que será muy vergonzoso / pero llevo más en mi curda / a mi pobre corazón* -lo contrapunteó desafinadamente el hombre con miopía de murciélago.

-Pero si estás amurado por lo menos te amaron.

-No te creas -se le llenó de bruma el desamparo al borracho caballuno. -Mirá: en los últimos tiempos me dio por sospechar lo que todos, tarde o temprano, deben llegar a comprender. Que soy el único hombre vivo en un mundo lleno de fantasmas, que la comunicación es imposible y ni siquiera deseable, que da tanto la lástima como el odio y que un hastío tolerante y una participación dividida entre el respeto y la sensualidad es lo único que puede ser exigido y conviene dar. A menos que uno pueda construir esa torre imposible y una tarde vea alzarse majestuoso y seguro, alzando apenas las alas, deslumbrante de santidad y belleza, al palomo de plata del Espíritu Santo. ¿Tomamos las dos últimas?

-Y un plato de sopa roja.

-¿No me lees otro poema?

-A mí lo único que me gusta de veras es un pedazo del IV, que vos ya conocés: *Cuando esta red de sombras que no entiendo / con dominio sutil, ciñe mi vida / nunca me salva /*

ni la palabra pura de mi madre / ni los círculos finos de un poema. / Cuando la siento, insinuadora y trágica, / trepar mi vida como falsa hiedra, / nada me salva.

EPISODIO 8: PLUMAS

Lechero

Al otro día Torres terminó de leer una carta que acababa de llegarle de Buenos Aires mientras su hijo Horacio combatía con la Chacona de Bach y de golpe se puso triunfalmente sarcástico:

-Sébase esto, chaval. Payró me cuenta que Onetti ya no considera urgente mi mudanza a Millán 2515 por haber infundido la consigna de que debemos pintar la calle del siglo XX. Y además reconoce que aunque me sobran los copiadores fieles también hay gente que sigue pintando como Dios le muestra y dentro de las leyes de estructura torresgarciana.

-Ese Onetti va a terminar coronando a sus doncellas con penes, igual que Picasso.

-Pero es que ahora tampoco me juzga como un caballero dulcineico por haberme entusiasmado con un americanismo abstracto, constructivista y cósmico.

En ese momento sonó el aldabonazo del lechero, que estaba orgulloso de que su carrito de dos caballos apareciera muy a menudo en las estructuras de don Joaquín.

-¿Ah, ve? Si yo tuviera esa foto colgada en mi casa vendría todo el barrio a verla, se lo garanto -señaló una marina crepuscular de Horacio que se secaba en el caballete. -Es como si a uno le dieran ganas de quedarse ahí adentro.

-Pues pase un momento a mi estudio, entonces -le puso una moneda en la mano empurpurada por los sabañones Torres al hombre ya veterano y avanzó hacia la pieza donde reinaba la gigantesca construcción sin grafismos. -Voy a mostrarle algo que está pintado para que el pueblo entero encuentre cobijo eterno.

-Quería avisarle que hay un muchacho que a veces hace el reparto con nosotros y está muy interesado en trabajar con usted.

-Pues a las órdenes, hombre.

-Se llama Manuel Pailós y su familia emigró de Galicia cuando él tenía dos años.

-Hicieron bien -espejó la espesura radiante de las botellas recién depositadas sobre la mesa el maestro fundador de la Escuela del Sur. -Porque es el Nuevo Mundo el que alimentará a este planeta desnortado.

El muchacho de apasionamiento celestemente altivo se había decidido a retomar la lucha con la Chacona pero de golpe hubo un silencio tan compacto en el estudio de su padre que esperó un poco más para recoger el violín.

-Si quiere que le sea franco y con todo lo que lo estimo, don Joaquín -se escuchó entonces el raspado de las alpargatas del hombre que olía a tambo. -Yo hallo que su empacamiento en hacer cosas raras ahora lo está llevando barranco abajo.

Sótano

-Pues aquí tiene un par de mantas que le vendrán de rechupete -le entregó un bolsón Manolita a Guido Castillo, que había llegado a la casa de los Torres cuando el carro del lechero ya se bamboleaba frente a la otra vereda. -Y también le enviaremos unos buenos guisantes.

-¿Pero se aseguró de que Fonseca no tiene fiebre, al menos? -trajo el infaltable café Ifigenia, junto con algunos bollos caseros. -¿Cómo va a poder aguantar una gripa calentando semejante torreón de molino con un primus, por más ladrillos que le ponga arriba?

-Tiene un poco de tos, nada más -sonrió el muchacho de ternura impetuosa. -El problema es que la inundación del sótano lo hace sentirse peor que Linacero.

-Ah, entonces está *empozado* -apareció Augusto bostezando y enseguida se puso de rodillas para alargar las manos hacia la *quematuti*. -Creo que ese sería un buen modo de llamarle a la *gristeza* montevideana, ¿no?

-Pues yo creo que lo mejor que puede hacer Fonseca es sumergir esa novela derrotista en la creciente del pantano y pintar sin quejarse -chistó la muchacha, retomando el bordado de uno de los tapices donde ampliaban a escala mural dibujos de don Joaquín junto con su madre.

-Mira si Zalo hubiese visto la buhardilla pintada con colores puros donde vivía Mondrian -se puso a caricaturizar pasos de dixie el muchacho cansino. -Y siempre modelando aquellas flores horrendas para poder comer.

-Pero jamás dejó de bailar. Y como yo era muy pequeña invitaba siempre a Olimpia. Picasso hacía lo mismo.

-¿Y cuánto tiempo piensa que Zalo aguantará exiliado en esa ruina que le prestaron? -no pudo dejar de sonreír Manolita.

-Es que ya se pelearon demasiadas veces con el padre -explicó Guido, zampándose dos bollos casi sin masticar. -En la empresa se pasaba dibujando a toda hora y eso ya trajo líos. Pero lo que no pudieron aguantarle fue que decorara el sótano de la casona con los carbones de la calefacción.

-Creo que le podemos encontrar una solución a ese empozamiento, Castillo -le titiló la mansedumbre celestísima a Augusto. -Voy a necesitar que me prestes tu baúl preferido, madre.

Y después que volvió de su cuarto cargando a las zancadas el gran bulto de cuero le hizo una seña guerrera al muchacho para que saliera inmediatamente a la calle y las mujeres no se animaron a preguntarle nada.

Pedacitos

Después de recibir la opinión del lechero don Joaquín ni siquiera quiso almorzar con su familia y cuando Horacio volvió al taller fue paralizado por una gritería y un feroz ruido de rajaduras:

-Y esta va por cuando el genial Torres García se presentó en París con el neoclasicismo vetusto de Chavannes y no quiso convencerse de que Vollard acertaba a mansalva recomendándole aggiornarse o morir. Y estotra por desembarcar en Montevideo papagayando que aquí nadie sabía pintar y burlarse del pifuritismo pesimista de Onetti.

-Pero qué pasa, padre -se animó a meterse el muchacho en el estudio donde el constructivo sin grafismos iba siendo despedazado como si el viejo pretendiera fabricar papelitos carnavalescos.

-Pasa que la seducción de la marina que tan bien le supiste birlar al truculento Marquet abrigó más al lechero que mis proclamas dignas de los delirios de Tomás Moro and Company. Y antes de transformarme en un utopista anarquizante prefiero que mis tripas sean asadas en los festines donde los criollos terminan barbarizándose detrás de un cuero inflado igual que Michelangelo en las batallas del *calcio*.

-Calma, padre.

-¿Y Fonseca? ¿Has visto cómo le estragué la mollera a ese muchacho que podría haberse convertido soberbiamente en un buen burgués del Prado y santas pascuas? Anoche soñé que la aversión enfermiza que me provoca el encumbramiento de Picasso es la envidia. Qué horrendo.

Entonces Horacio fue a buscar el violín y se puso a tocar la Chacona detrás del viejo chorreantemente sobreabrigado que ahora pateaba los pedazos de cartón con comicidad simiesca y al final preguntó:

-Qué opinión tendría Bach.

-¿Pues de quién?

-De tu obra. ¿Pensaría que la concibes en su espíritu, como escribiste en la dedicatoria ofrecida a Fredi Guthmann?

-No sé qué pensaría.

-Pienso que te sugeriría que por lo menos aprovecharas esos trocitos de desesperación para alimentar la *quematuti* con todo el óleo que desperdiciaste.

-Bueno, no es mala idea -suspiró don Joaquín. -Pero antes necesito engullir un tazón de guisantes.

Tocado

Augusto y Guido subieron llenos de barro al torreón de un molino ya decrepito que le habían prestado a Fonseca en una quinta donde se truncaba la calle Valentín Gómez, y encontraron al fugitivo tosiendo frente a un primus reforzado con ladrillos hirvientes.

-Vaya -murmuró acatalanadamente el muchacho que cargaba el baúl mientras el otro ponía el bolsón y la olla de guiso sobre una mesa armada con tablones. -Tal parece que estuvieras en una enfermería de la Ligne Maginot.

-Joder -rezongó Zalo. -Esto esto no será la guerra pero te mata igual, carajo.

-¿Y tu viejo no reacciona?

-Para mí no existe más -hizo chirriar el catre el señorito exiliado. -Prefiero laburar un tiempo acá en la quinta y apenas junte unos mangos me las tomo para algún conventillo del puerto con los Visca.

-Pues ahí te transformarás en un Linacero completo -le hizo una guiñada Augusto a Guido mientras iba desenvolviendo una especie de disfraz de indio jolivudense -Este traje de jefe sioux lo confeccioné en secreto cuando trabajaba en el Museo del Hombre allá en París y con los procedimientos que usaban ellos.

-¿Y cómo conseguiste las plumas? -se desorbitó Guido.

-Pues de a poco. Trabajé años en esto y mi padre no lo sabe. Pero en el 36 me decidí a mostrárselo a Onetti porque cuando le prohibieron alistarse en las brigadas que iban a pelear a España ese hombre quedó muerto.

-Mirá vos -tosió Zalo. -Y yo mariconeando.

-Ahora dense vuelta un rato -ordenó Augusto, y durante diez o quince minutos fue vistiéndose de cacique con jadeante precisión hasta terminar encasquetándose un tocado multicolor que le llegaba casi hasta los pies.

-Cristo -demoró en comentar Guido. -Es como si a uno le arrancaran una mortaja, verdaderamente.

-Es que cuando te pones esto te sientes un pájaro capaz de sobrevolar cualquier pradera, Zalo -completó la curación chamánica el muchacho que durante el resto de su vida fue apodado el Cacique por los integrantes del Taller.

Y después que devoraron el cocido de guisantes Augusto contó que la tarde del exorcismo también le había prestado a Onetti uno de sus discos preferidos, *The dog must his day*.

-Y esa frase será el título de su última novela, le escribió ayer Julio a mi padre -puso cara de estar traicionando una confidencia delicada el Cacique. -Porque los fascistas que bombardean una especie de puerto ficticio donde cae derrotada la resistencia son identificados como los *perros*.

EPISODIO 9: BESO

Frutos

-Lo más seguro es que a Onetti lo haya paralizado la neurastenia porque no pudo encontrarle un buen cierre al novelón -comentó Rama al otro día del fracaso del segundo

rendez-vous. -Es imposible inventar algo convincente para que un bolche recupere la *primitiva pureza* y la *fe* al final de un bombardeo.

-Es que esa *primitiva pureza* y esa *fe* son un camelo -puso cara de sobrador anarcoide el Pibe. -La *ficción religiosa* que nos propone el genio como sustituto de la *irreversible incredulidad en el milagro*.

-Claro -complementó Maneco como si fuera el tercer sobrino del Pato Donald opinando por turno. -Es lo que le envidia Linacero a Lázaro: el *fanatismo infantil*.

-Y pensar que el otro día Paco me puso en ridículo aquí mismo por criticar el resentimiento pueril y desclasado que hay en *El pozo* -se le aperversó una mueca perdonavidas al adolescente que había nacido para encubrir la frivolidad con una superdotada eficacia actoral.

-Es que esa generación no puede prescindir de las fantasmagorías filosóficas.

-Pero si esos *acueductos ideológicos* se pueden resolver biologicistamente en la *síntesis transculturadora* -mojó un terrón en el café Angelito. -Claro que no es lo mismo sustentarse en el primitivismo *evolucionista* como lo plantea Figari que concebir un hombre abstracto *místico* a lo Torres García. Eso es una utopía.

-No me vengas a joder con menjunjes alquimistas en un país donde revolvés un poco el guiso y te encontrás enseguida con el fondo de la olla -se le espejaron los gemelos en unas córneas irreversiblemente cónicas a Maggi. -Acá lo único que nos alumbra desde el pasado es el sebo de Hernandarias. Y vamos a seguir siglos con todo a medio hacer: Frutos lo supo siempre.

-Pero qué artiguistas bárbaros que son ustedes.

-Es que solamente un hijo de puta tan remachado como Frutos pudo sacarle un poco de jugo a la santidad de Artigas -se melancolizó Flores Mora. -Acá antes de don Pepe no se podía ser héroe sin traicionar la causa de la Purificación. *Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos*. Que es lo mismo que decir: dos Olimpíadas, un Mundial y algún que otro Sudamericano.

-Perdón -los interrumpió un muchacho de mirada clarísima. -La señorita María Esther Gilio me dijo que en la mesa que está al final de la barra era posible conseguir un ejemplar de *El pozo* de Juan Carlos Onetti. ¿Cómo hago?

-Pero fijate, Pibe -carcajeó Rama, imitando a Peter Lorre. -Ahora falta que a esta mesa la llamen *el almacén donde van los que tienen perdida la fe* y quedamos completitos.

Charreteras

No hacía mucho frío, pero para mi desgracia, Onetti llegó con una gabardina de las que se habían usado en la guerra -escribió en un brevísimo artículo publicado medio siglo después María Esther Gilio: Una gabardina militar, con charreteras, de moda en aquella época, y me enamoré de su gabardina.

Él estaba esperándola recostado en la baranda que olía intensamente a río marrón con la misma sed de milagros que alucinó a Linacero en la mítica escena de *El pozo*, y la muchacha había cumplido con el ritual de vestirse de blanco y llevar la boina caída contra la oreja.

Entonces el hombre pudo contemplar a una *menina morta* emergiendo del Hades con los pasos un poco trabados por el viento y la floral inclinación de un velero que viniera a abrigarle la soledad, y mientras ella cruzaba la rambla tuvo tiempo de proferir un rezo entre dos fluorescentes bocanadas de *Lucky Strike*:

-Ser cuidadosa del dolor supiste / y elevarte al amor sin comprender; / enciendes luz en las horas del triste / pones pasión donde no puede haber.

Y enseguida caminaron en dirección al Trouville imantados por una especie de complicidad sin tiempo y el ex Secretario de Redacción de *Marcha* terminó por apoyarse en un pilote de la baranda para contar el fin de su matrimonio con *Mademoiselle Vibert*:

-Imáginese. Tenerla al lado mío y verla ardiendo y en silencio, como una bestia enferma de su amor por otro. Ver su cara de tierra y sus desesperados ojos vueltos hacia el recuerdo y la esperanza de otro hombre.

-Pobrecito -pestañeó hacia el titilar de dos cargueros anclados sobre el lomo del estuario María Esther.

-¿Tiene necesidad de maquillarse tanto?

Ella pegó un saltito:

-A mí lo que me hace mal es tener que respirar tanto humo. A mi novio lo obligo a fumar en otra pieza.

Y entonces Onetti tiró el cigarrillo recién prendido a la playa mientras sacaba un pañuelo para sostenerle el mentón a la inmaculada y borrarle casi con ferocidad el antifaz de rimmel.

-La voy a besar -anunció, inseguro.

-Me parece muy bien.

Y ella le agarró las charreteras mientras le ofrecía apenas la punta de la lengua.

Novio

-Antes que nada -aceptó un café el muchacho de mirada clarísima: -Vine para comunicarles que la señorita María Esther Gilio va a encontrarse esta noche con Onetti en la rambla de Pocitos.

Entonces Maggi y Flores Mora se miraron como si fuesen dos caciques entrampados en Salsipuedes y el *conchero* no pudo sonreír:

-Vos quién sos.

-Yo soy el novio de la damisela que me asegura que *El pozo* es mucho más apasionante que *Casablanca* y como mi especialidad es la psicología decidí conseguirlo.

-Ah -graznó Rama, eufórico. -Por fin alguien que me va a dar la razón sobre las debilidades conceptistas de la *chef d'oeuvre*.

-Así que vos sos el galán -demoró en reponerse el futuro duelista político flasheantemente estoqueado. -Y encima de regalar a la nena querés masoquearte analizando cómo funciona el gualicho que te trajo la cornamenta.

-Epa, che -introdujo un distendido resplandor bondadista el Pibe. -No te pongás ordinario.

-Y acordate del tango -se le malignizaron los bigotes estilo David Niven al pichón de pope transnacional ya irreversiblemente estragado por la miopía estética: -*Rencor, tengo miedo / de que seas amor*.

-¿Sabés cuándo nos conocimos con la nena? -se desabrochó un botón de la camisa para sacar una medallita el muchacho de avitralada impasibilidad. -Haciendo la catequesis en la parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Ella tenía 8 años.

-Mirá vos -le contrabandeó una guiñada Maggi a Flores Mora. -Justamente hace un rato estábamos comentando que Onetti vive fingiendo creer en esas ficciones.

-Este icono bizantino representa a la Virgen protegiendo a su Hijo aterrorizado cuando ve a los arcángeles que se le aparecen anunciando la cruz.

-Mi madre era capaz de contarte toda la historia del descubrimiento en Creta y el viaje del mercader en la tormenta -se le infantilizó relampagueantemete la mueca sarcástica a Rama. -Y cuando granizaba mucho se nos aparecía en el cuarto para que le agarráramos la mano. Era mágico.

-Lo que nunca se sabrá es si personaje de *El Pozo* se anima a pajear al fantasma de la muchacha que entra desnuda en la aventura de la cabaña de troncos -puso cara de chistoso degenerado Maneco.

Pero nadie se rio.

Pureza

-Tengo novio desde que tomé la comunión -advirtió María Esther enseguida del beso, soñolientamente feliz.

-Ahora me gustaría acariciarla un poquito.

-Está bien.

Onetti ni siquiera la abrazó mientras jugaba con los rizos desordenados de la nuca de la muchacha que apenas era capaz de entornar una ternura titilante hacia los cargueros.

-No hay fiesta, no hay milagro -murmuró entonces bajo el sombrero que aleteaba entre el viento marino transformándole las palabras en hoscas ecos tristes.

-Qué -tuvo que agarrarle la cara María Esther. -Hablaste. Otra vez.

-No hay barcos con milagros. Y le pido perdón por haberla hecho caminar tanto y para nada.

-Mostrame la cara. Otra vez. No quiero que te enojés.

-A lo mejor podríamos salir a pasear mañana por el parque Durandeu. Hay un lago muy hermoso. Aunque vos tenés novio y yo podría parecer tu padre.

-Lo del novio es aparte. A mí lo único que me importa es lo que me dijiste en el teléfono sobre el Perpetuo Socorro. Yo tomé la comunión en esa parroquia y me enseñaron lo que siente Jesús cuando ve a los arcángeles. Miguel lleva la lanza y la esponja y Gabriel la cruz griega de doble travesaño y cuatro clavos. No pienses más en ellos y agarrame la mano.

-No hables más.

-Pero mostrame la cara. Otra vez. Tenía que saber que no estaba equivocada. Si pudieras entender para qué vine aquí.

-Te quiero -jadeó el hombre, arrancándole crujidos a las falanges coronadas por las lunitas color lentejuela. -Y no sirve. Y es otra manera de la desgracia.

-Pero si no me soltás nunca no te vas a perder.

-No hables. Una sola carne. Tiene que ser así, debe ser así porque si no todo el mundo se habría suicidado. Nadie podría aguantarlo. Todos somos inmundos y la inmundicia que traemos desde el nacimiento, hombres y mujeres, se multiplica por la inmundicia del otro y el asco es insoportable. Se necesita el apoyo del amor en Dios, tiene que estar Dios en la cama. Entonces sería distinto, estoy seguro: se puede hacer cualquier cosa con pureza.

-¿Por qué no me pasás a buscar mañana a mediodía por Preparatorios? Y me hago la rabona y nos vamos al parque Durandean.

Y subieron por Pereyra agarrándose mansamente del brazo.

EPISODIO 10: BESO

Lastimadura

Al otro día la futura entrevistadora especializada en Juan Carlos Onetti se paró a vigilar el baldío esquinero de Tapes y Jujuy, que ya estaba impresionistamente invadido por la floración de las glicinas y los frutales.

-¿Hoy no pensás cantar? -se decidió a sonreír hacia la higuera María Esther, con la boina incendiada por el soplo fragante del crepúsculo.

Entonces la criatura disfrazada de novia se asomó para contrapreguntar irradiando una brillantez hiriente:

-Quién te dijo que canto.

-Juan. El hombre que jugó a casarse con vos el otro día.

-Es que cuando la lastimadura me arde demasiado no me dan ganas de cantarle ni a la Virgen -se arrellanó la cola del vestido sobre el rulerío color miel Andrea. -¿Juan es tu novio?

-No. ¿Y dónde estás lastimada?

-Es un tajo invisible. Mis padres no querían que yo naciera y odian a Dios y para ellos mi hermano Daniel es más importante que Jesús. ¿Vos vas a misa?

-No. Pero tomé la comunión en esta parroquia.

-A mí no me dejan tomar la comunión pero mi abuela me lleva a misa.

-Hoy fuimos a pasear en chalana con Juan por un parque de Carrasco. Los eucaliptos estaban llenos de garcitas blancas que vienen a dormir desde la playa y él se acordó de vos.

-Acabo de escribir esto -hizo caer un cuaderno la novia escondida hacia la muchacha que esa tarde aceptó no maquillarse, aunque Onetti ni siquiera había vuelto a besarla y solamente le rozaba la nuca de vez en cuando como quien protege el plumón de un pájaro.

-¿Cuántos años tenés?

-7.

En la libreta se retorció un poema titulado *La rosa blanca*.

-*Una Rosa blanca / Perfuma mi aliento* -fue descifrando en voz alta María Esther: -*I pone un rostro blanco / en mi pecho.*

-Te lo regalo.

-Se lo voy a mostrar a Juan, porque él también escribe.

-Y él también tiene una lastimadura.

Ratas

-¿Pero vos qué te pensabas? En Paso Morlán yo combatí vestido como estoy ahora -le contó Paco Espínola esa noche en el Metro al jovencísimo Tola Invernizzi. -Pa confundir a los soplones de la dictadura que nos vieron de juerga el domingo por la ciudad. Imaginate a un guerrillero con zapatos de charol y corbata palomita. Fue de alquilar balcones, aquello. Y sin embargo estoy agradecido. Porque al volver mi padre me dijo que ahora sí se sentía orgulloso de su hijo el novelista.

-Vos por lo menos pudiste pelear -habló por primera vez Onetti en una hora. -Anoche soñé que estaba en Guernica y no había forma de que me bombardearan.

-No jodas con eso, que mientras pegábamos la disparada a campo traviesa yo me caí hecho piedra en un monte y soñé que éramos dos ejércitos de esqueletos con cabezas de ratas y que desde el cielo nos bombardeaban gritándonos: *Vengan a destrozar y a traer pestes ahora, desgraciados.*

-Pero qué pesadilla más espantosa -se desorbitó el Tola. -Es como si fuera su cuento pintado por el Bosco.

-Y pa colmo ronqué hasta el mediodía y el mormazo era tremendo -se puso a revolver el hielo de la caña con la boquilla nacarada Espínola. -Y al final se nos iba asomando una lágrima de oro a cada uno y llegaba la Virgen que hay en el nicho del cuarto de mi madre a lamernos el alma.

-Entonces cuando escribas esa novela ponele *Fe de ratas* -roncó sin burlarse Onetti.

-Yo le escribí a Vaz Ferreira que cuando me di cuenta que mi Remington no funcionaba y quedé una hora impotente en el suelo y aplastado por una soledad como la que le había presentado a Jesús en una segunda crucifixión, supe que morir con esa especie de fastidio melancólico era como irse sucio para siempre del mundo.

-Y yo supe también a través de un amigo de don Carlos que en esa carta usted escribió que las obras del espíritu son indestructibles -se le aceró la dulzura al gigantesco muchacho de Piriápolis. -Y hasta me aprendí de memoria el final y todo: *Algún día, se irá a beber en la fuente que usted llenó abriéndose el pecho sin piedad. Y de esa falta de piedad consigo, chuparán piedad las generaciones venideras. Duro como el diamante, se dice. No, duro como el espíritu, hay que decir.*

-Bueno, según el predicador nadie puede asegurar que solamente el hombre se merece los inmortalidad y las ratas la nada -concedió el hombre que esa tarde se había insolado paseando en chalana con una novia ajena. -Aunque en Guernica la Bestia acaba de demostrarnos que ni el diamante ni el espíritu son capaces de vencerla.

Entonces le tocó a Paco hundirse mandibularmente en la hora de su silencio.

Gracia

-Yo lo que necesito es que usted me absuelva para llenar de gracia a un hombre que está a punto de suicidarse -le explicó la muchacha al sacerdote que la había catequizado 8 años atrás.

-Absolverte de qué.

-De estar jugando a Caperucita Roja con mi virginidad.

El hombre ya sesentón contestó con una risa apenas amortiguada por la intimidad del confesionario.

-Yo ya hace mucho que no vengo a misa pero trato de seguir practicando el Perpetuo Socorro -murmuró bronquíticamente María Esther. -Y en este momento me siento más sola que esa nena que se sube disfrazada de novia en la higuera del baldío a cantarle a la Virgen.

-Andréita.

-Y estoy decidida a perder la virginidad, Miguel.

-¿Seguís de novia con Ariel? -no tuvo más remedio que carraspear el párroco para fingir naturalidad después de la noticia.

-Sí. Y pensamos comprometernos pronto.

-Lo que no entiendo en este caso es quién vendría a ser el Lobo Feroz. Porque Ariel es un santo.

-¿Usted por casualidad nunca vio parado en la esquina de la parroquia a un hombre alto y de lentes muy gruesos que usa un impermeable con charreteras a lo Jean Gabin? Viene cuando le dan ataques de desesperación, y la otra tarde se puso a jugar a los novios con Andreíta.

-¿Es un degenerado?

Ahora la que no pudo contener una risa con eco fue la muchacha:

-Bueno, si usted lee una novela que publicó este señor del impermeable capaz que piensa eso. Pero yo estoy completamente enamorada de esa sed de Dios que tiene.

-Y me imagino que no te debe molestar demasiado que te mire como si fueras la Inmaculada.

-No, en absoluto. Y lo peor es que hoy fuimos a pasear al parque Durandean y me di cuenta que en algún momento va a pasar algo raro entre nosotros. Y que tengo que *llenarlo de gracia*.

-¿Ariel sabe algo de esto?

-Por supuesto. Es mi novio.

-Entonces no precisás que yo te absuelva, nena.

Mierda

Aquella noche Onetti les contó a los incordios que habían salido a caminar con la muchacha por Carrasco, aunque después hizo un mutis total y los adoradores no insistieron en seguir sacándole más jugo para el chusmerío.

Fue recién al amanecer que al Tola Invernizzi se le ocurrió preguntarle si estaba conforme con el final del novelón donde el *tavarich* había recuperado la pureza y la fe durante un bombardeo, y el hombre incurablemente sediento de la *fonte que mana y corre* casi pudo sonreír:

-Esta tarde vi reflejarse en el lago del parque la transparencia intangible de una infanta digna de ser pintada por Monet. Hacía mucho que no *adoraba*.

Entonces Paco Espínola desencorvó su mutismo para comentarle al gigante:

-Pero mire qué lindo lo que acaba de pincelearse este coloso. Yo en *Sombras sobre la tierra* estuve por poner como acápite la partitura de unos campanazos de Mussorgsky que brillan así.

-El problema es que mi *tavarich* tiene que correr a través de una ciudad bombardeada con la criatura que adora agonizándole en los brazos.

-Mierda -suspiró el Tola.

-Y justamente esa es la única palabra que va repitiendo mi personaje mientras repecha el acorralamiento. Y se siente precedido por algo que no lo deja chocar con nada ni con nadie: una especie de tracción milagrosa.

-Yo te puedo asegurar que ese *algo* es el *espíritu*, che. Y que esa *tracción* es más invencible que todos los diablos del mundo juntos.

-Qué final más tremendo -entrelazó las manazas igual que si necesitara rezar el pintor de Piriápolis. -¿Y lo único que dice el tipo es *mierda*?

-Sí. Pero también sabe que está presenciando el final de un tiempo y que después que la Bestia sea capaz de suprimir todo polvo enamorado surgirá otro principio inocente como una sonrisa de la niña sin cara que él sostiene como si alguien los hubiera esculpido formando una *Pietà* al revés.

-¿Vos ves tan sucio al mundo, Juan Carlos?

-Sí, Paquito. Y no tuve más remedio que hacerle repetir al *tavarich* una palabra *sucia*. ¿Entendés?

-¿Pero no hubiera sido mejor que el hombre hubiese corrido dándole las *Gracias* a ese espíritu todopoderoso que le iba abriendo cancha entre tanta locura?

-Ah, yo pienso lo mismo -se le avitraló la ebriedad al pintor de Piriápolis.

EPISODIO 11: PERRO

Vermú

El Pibe y Maneco habían quedado en encontrarse con el novio de la muchacha al otro día en el Metro para entregarle un ejemplar de *El pozo*.

-Te apuesto a que cuando este infeliz se pape la *chef d'oeuvre* se enferma -apuró un vermú el futuro espadachín mientras saboreaban el esplendor ya compactamente primaveral de la plaza, sentados en la *terrasse* de pintoresquismo hemingweyano.

-*Tiens* -se frunció Maggi al distinguir la silueta de Alsina Thevenet en la esquina de El Ateneo. -Con toda seguridad que viene de chusmear en Reuter.

-Aquí mejor que ni se siente.

Y mientras el cronista de cine de *Marcha* se acomodaba en otra mesa ignorándolos por completo, apareció el novio oficial de María Esther y lo primero que hizo fue pedirles que le disculparan los 15 minutos de demora.

-*Voilà* la joya -puso aparatosamente *El pozo* sobre la mesa Maggi enseguida que el muchacho de ojos dorados les aceptó un Cinzano.

-Se los agradezco de todo corazón -sacó otro ejemplar del bolsillo del saco Ariel. -Pero justo anoche lo encontré en la casa de un compañero de clase de la nena y esta mañana lo releí tomando mate tranquilo y lo traje subrayado. No tiene desperdicio.

-Mirá vos -intercambiaron un asombro de colmillos irónicos los incordios y Maneco esgrimió un primer tanteo manso: -Así que masticaste el anzuelo de Linacero.

-Es que esto es verdadero maná. ¿Quién iba a soñar con encontrarse un Dostoievski uruguayo en plena segunda guerra y adelantándose al existencialismo? Ahora entiendo la pasión que le está carcomiendo el alma a María Esther, aunque ella ya no quiere saber nada con volverse locóloga.

-En todo caso podríamos titular a esta fábula montevideana *Para carcomerte mejor* -se le fue la lengua a Flores Mora y Maggi tuvo que frenarlo pisándolo a escondidas.

-Pero fíjense esto -abrió eufóricamente la *nouvelle* mamarracheada por el falso Picasso el novio de la estudiante de Preparatorios que esa tarde iba a salir a pasear por segunda vez con el novelista neurasténico: *-Me hubiera gustado clavar la noche en el papel como a una gran mariposa nocturna. Pero, en cambio, fue ella la que me alzó entre sus aguas como el cuerpo lívido de un muerto y me arrastra, inexorable, entre fríos y vagas espumas, noche abajo.* Aquí hay una verdadera interpelación al libre albedrío.

-Perdón -se les acercó con un vermú en la mano Alsina Thevenet. -¿Hay lugar?

Y ahora los enemigos del hombrecito disfrazado de Bogie tuvieron que aguantar que Ariel le armará una silla con insolada hospitalidad.

Glicinas

Aquella mañana Felisberto Hernández acababa de pelearse ferozmente con su tercera esposa y terminó invitándose a almorzar a la torre de los Cáceres, donde siempre tenía un cubierto a disposición.

-No hay caso -engulló un *Anís del Mono* como quien toma agua mineral el hombre de palidez estropajosa. -Amalia no soporta que adore la blancura. Y más cuando fosforece. Pero mire qué lindas que se le enrularon las glicinas, *ma Dame*.

-Es increíble, pero justo en este momento me estaba acordando de la última estrofa del poema de Susana Soca -parpadeó empañadamente hacia el balcón invadido por las enredaderas la mujer rellena de gracia. *-Ciertas voces que nunca fueron mías / y no hablaron palabras de mi canto, / vuelven a mí, ciñen mi cuello / y yo siento de nuevo / la invencible, suave avidez / de las glicinas desaparecidas / sobre los troncos desligados y en reposo. / Yo las miro y las pierdo / en el deslumbramiento de esta precoz tibieza / de súbito escondida / por la niebla que sube el llano liso / de colinas livianas.* Ayer recibimos una carta donde dice que cruzar París en bicicleta es la única manera de entender el dolor del otoño.

-Es un secreto a voces que se quedó a contrabandear mensajes entre los *maquisards* -no pudo sonreír ni siquiera irónicamente el doctor. -Y la barra del Metro la sigue llamando *la pituca que se hace retratar por Picasso* mientras discuten el último brulote del héroe Sartre, que anda cambiándose saludos lo más pancho con los centinelas nazis.

-Bueno, hoy por lo menos deben estar distraídos con el escándalo del parque Durandeu. ¿Se enteraron que Onetti anda noviendo en público con una colegiala?

-Cómo es eso.

-Ayer estábamos de sobremesa con mi futura ex-esposa en el parador del lago y vimos llegar a la desaparejísima pareja arrumaqueando entre los eucaliptos y después dieron unas vueltas en chalana nimbados por una suerte de fascinación que terminó provocándome una pesadilla fosforecente. ¿Quieren escucharla? Ya tengo un apunte que pienso insertar en un cuento inspirado por lo que ustedes llaman *el nácar de María*.

-Y cuándo escribió eso.

-Apenas me desperté -sacó una hoja manchada de yerba de su cartapacio el hombre adicto a los huevos fritos. -Y cuando se lo leí a Amalia tuve la sensación de ser un perro que se deja arrastrar por las estelas de las diosas sin que le importe otra clase de magia en el cosmos, y que hay divorcio en puerta.

Albedrío

-Usted afirma haber detectado *una interpelación al libre albedrío* en este talentoso purgante publicado por Juan Carlos Onetti, si yo no estoy muy sordo -le brilló más el odio que la burla a Alsina Thevenet, que venía de insultar al futuro Pater Brausen en Reuter. - Yo de especulaciones teológicas sé menos que de béisbol, pero este análisis de *El pozo* parece un guión hecho para Cantinflas.

-Y yo no tengo más remedio que adherirme plenamente a la descalificación que acaba de gargajear este meterete -trató de sacarle un jugo divertido el Pibe al incomodísimo entrevero provocado por el *affaire* que concibieron con Maneco sin más pretensiones que renovarle traviesamente el harén al *sensei*.

Entonces el aspirante a psicólogo catequizado en la parroquia del Perpetuo Socorro recién pudo medir con qué clase de calaña tontovideana estaba polemizando, pero hizo fondo blanco con el Cinzano y argumentó ofreciendo unos dientes triunfales:

-Es que cuando Linacero *elige morirse de cansancio y transformarse en un escritor de sus confesiones* la noche se retira derrotada, muchachos.

-Mirá vos -deshizo astutamente la guardia Maneco, con una innata gracia de profundidad que dilapidaría durante décadas *entre los cadáveres pavorosos de las antiguas ambiciones y las formas repulsivas de los sueños que se fueron gastando bajo la presión distraída y constante de tantos miles de pies inevitables*. -Ahí le diste en el clavo.

-Es que cuando la falta de tabaco lo acorrala hasta hacerlo sentirse como en un horno de Treblinka y no tiene otra salida que *resumir el fracaso y vomitarlo con belleza* en los panfletos de Lázaro, Linacero hace *arte*. *Se ama*. Y contempla su *oro eterno*.

-Y sin embargo siente que ya no va a poder seguir soñando aventuras entre tanto amontonamiento mundial de mierda -se arrancó el panamá el hombrecito para aplastarse el sudor con el pañuelo impolutamente rígido que le emergía del saco. -Se le pudre del todo la pureza.

-Y lo único que lo podría salvar es zamparse otra concha como si lengüeteara un helado de almeja -se le desbocó la sordidez a Maggi, y ahora fue Flores Mora el que tuvo que encajarle un pisotón a escondidas.

-Chogusto, literatosos de boliche -puso un peso en el mármol Ariel antes de irse sin darle la mano a nadie.

-Y capaz que te desvirgan a la nena esta noche mismo, pajerito -apelotonó el pañuelo el incordio cuando el novio oficial de María Esther ya se esfumaba entre el esplendoroso bamboleo de los plátanos.

Calesita

-La muchacha no puede tener ni quince años -vació el tercer anís Felisberto Hernández después de roer babosamente todas las aceitunas de un bol sin prestarle atención a las

servilletas. -Y durante un rato largo Onetti le puso una mano en la nuca y el bote giraba entre los camalotes movido por un solo remo.

-Sublime -sonrió Cáceres. -Fue como haber inventado una ínsula de otro mundo.

-Algo así. Me hizo acordar a la primera vez que llevamos a Mabel al Parque Rodó y yo la tenía que acompañar parado en la calesita.

-¿Y ustedes no le estará llamando noviazgo a una de esos *amistades mágicas* que se tienen que vivir *por orden del Señor*, como le gusta decir a Susana? -no pudo disimular una mueca de alarma la poetisa. -Lea el sueño, por favor.

-Conste que lo redacté pensando en la atmósfera de un cuento que me tiene enloquecido hace meses -estiró la hoja el hombre de timidez panicosa, que en estos casos se ponía blanco como cuando estrenaba obras de vanguardia en sus tiempos de concertista. -Y adaptado a la historia dice así: *Una vez soñé que ella cruzaba una gran iglesia. Había resplandores de velas sobre colores rojos y dorados. Lo más iluminado era el vestido blanco de novia con una larga cola que ella llevaba lentamente. Se iba a casar; pero caminaba sola y con una mano se tomaba la otra. Yo era un perro lanudo de color negro muy brillante y estaba echado encima de la cola de la novia. Ella me arrastraba con orgullo y yo parecía dormido. Al mismo tiempo yo me sentía ir entre un montón de gente que seguía a la novia y al perro. En esa otra manera mía, yo tenía sentimientos e ideas parecidos a los de mi madre y trataba de acercarme todo lo posible al perro. Él iba tan tranquilo como si se hubiera dormido en una playa y de cuando en cuando abriera los ojos y se viera rodeado de espuma. Yo le había transmitido al perro una idea, y él la había recibido con una sonrisa. Era esta: "Tú te dejas llevar; pero tú piensas en otra cosa".*

-Yo siento que es tan sublime como la escena del lago que acaba de contarnos -pareció resplandecerle la barbaza al doctor Cáceres. -Pero opino que lamentablemente está tan adelantada para la percepción de nuestro público como las obras que va a exponer mañana el Taller Torres García.

Y después que el narrador se puso colorado de golpe y fue al baño frotándose las manos como si acabase de romper una piñata Esther de Cáceres se acercó a su marido para murmurar igual que en una comedia de enredos:

-La muchacha que me llamó por teléfono hoy temprano está noviendo con tu discípulo preferido y Onetti al mismo tiempo.

EPISODIO 12: NUMEN

Teléfono

-¿La señora Esther? Chogusto -se había presentado cantarínamente la muchacha mientras Ariel polemizaba con los incordios en la *terrasse* del Metro. -Soy la novia de un alumno del Doctor Cáceres, y la molesto para pedirle el número telefónico del maestro Torres. Es por una entrevista que quisiera hacerle sobre la próxima exposición del Taller.

-Ah, qué bueno. Me encanta escuchar a una cronista tan joven interesada en el universalismo constructivo -contempló la mujer de elegancia rolliza el retrato de Da Vinci fechado en el 40 que colgaba en la torre.

-Bueno, aunque recién tengo 18 años me interesa muchísimo el arte de vanguardia. Y uno de mis mejores amigos es Juan Carlos Onetti.

-¿Usted frecuenta las peñas del Metro?

-No. Pero fue allí donde Carlos Maggi me encargó esta entrevista para la revista *Apex*.

-Conozco esa publicación. Y pienso que no van mal rumbeados.

-¿No los encuentra demasiado *secos*?

-Bueno -chilló una carcajadita la ex-militante socialista ahora adherida fervientemente al existencialismo de Maritain. -A mí Batlle me atrajo mucho en su momento, pero hoy día considero que su legado no tiene la menor consistencia filosófica.

-Me imagino. Y le quiero aclarar que con mi novio escuchamos las musicalizaciones que hizo Cluzeau Mortet de sus poemas.

-¿Pero quién es tu novio?

-El alumno que su esposo considera un *caballero rodoniano numínico*. Y tomamos juntos la comunión en la parroquia del Perpetuo Socorro.

-¿Así que vos sos la famosa María Esther? -se apoyó el tubo en el hombro para acomodarse la redecilla del pelo la poetisa, ensombreciéndose.

-Sí. Y me imagino que soy famosa por haber perdido la fe en la Iglesia de golpe, como si se me hubiese volado una capelina. Pero mire que sigo interesadísima en documentarme sobre las apariciones que contempló Bernadette Soubirous, por ejemplo. Y a propósito de esos misterios: ¿no le parece una impertinencia que le lea un poema escrito por una niña de 7 años que se sube a una higuera disfrazada de novia en la esquina de Tapes y Jujuy?

-Lo consideraría un privilegio.

-Y además esta extraña criatura le mandó el poema de regalo a Juan Carlos Onetti, a quien pienso ver esta tarde en el Parque Durandau.

-Soy toda oídos -clavó una mirada aterciopeladamente triste en las glicinas del balcón la poetisa conocedora de *la noche oscura del alma* que les toca transitar a los elegidos.

Altura

Aquella tarde la muchacha le propuso a Onetti caminar hasta el lomo de la Punta Gorda por la única calle que se conectaba con el repecho de Coimbra, y cuando llegaron al hotel Oceanía señaló el gigantesco esplendor del estuario primaveral invadido por los veleros:

-¿Vos sabés cómo aprendí a nadar, Juan? Agarrada de la chalana de mi padre, que cada tanto me obligaba a seguirlo pataleando entre la Isla de las Gaviotas y la Playa Malvín.

-Pobrecita.

-Según cómo se mire. Mi padre nunca me dio corte, pero algunos domingos de mucha bajante no iba a copetinear con los amigos al boliche y arrancábamos hasta el rancho del Buceo y me ligaba una clase de flotación forzosa. Y te juro que al despatarrarme hecha puré en la playa yo sentía las mismas ganas de vivir que me vinieron leyendo *El pozo*.

-Y pensar que Linacero ni siquiera fue capaz de explicar con palabras lo que sentía cuando miraba a la mujer desnuda en el camastro.

-¿Sabés que anoche leí el cuento que publicaste en *Apex* y pienso que te faltó darle media vuelta de tuerca al final?

-Puede ser. Yo jamás volví a mirarlo.

Ahora el hombre de rostro caballuno avanzaba en dirección a los roquedales desde donde los montevidéanos avizoraron la llegada de la armada británica en 1806 y de repente se sacó la gabardina para extenderla sobre un claro de pasto arenoso mientras murmuraba:

-Mirá qué aventura si te pudiera sacar el corazón ahora mismo para ofrecérselo a Dios como un sacerdote azteca y vos te llamaras María Esperanza. Entonces nos casaríamos.

-Ay. Me hacés suspirar.

-¿Y qué es lo que no te queda claro del final de *Mascarada*, cosita?

-Que pongas que ella *no alcanzó a comprender* las preguntas del gordo bigotudo. Porque es obvio que al mismo tiempo el personaje está *comprendiendo* que se puede tener *esperanza*. Y me parece que vos tuviste miedo de que esa especie de *beatificación de la esencia humana* te quedara un poco cursi.

-Bueno, voy a ver si cuando sea famoso y se saquen los ojos por publicarme los cuentos completos le agrego alguna línea. Aunque a nadie le importe un carajo la fe de los herejes.

-Eso te pensás vos -se puso a lamerle un dedo la muchacha con cariño de perra.

Clítoris

Esa noche María Esther salió desnuda del cuarto de baño con la ropa en la mano mientras su novio contemplaba el cielorraso llorando dulcemente.

-Yo sabía que iba a pasar esto -se subió la sábana hasta los sobacos la muchacha. -Y para colmo llueve.

-Pero si a vos te encanta oír llover.

-Lo que no me encanta es sentir que estamos en la maldita cabaña de troncos que él soñó para que no pudiéramos hacer el amor en paz.

-Estás en misión, flaca.

-¿Y cómo puedo *llenar de gracia* a un hombre que *cuando cree no cree que cree* y que *cuando no cree no cree que no cree*? Aparte de que se lo dije con toda claridad al padre Miguel: *a mí lo que me enamora es esa sed de Dios que tiene. Pero yo quiero casarme contigo*. ¿Ni siquiera estás celoso, carajo?

-No. Porque es como si estuvieras ayudando a un ciego a tocarse en un espejo.

-¿Y qué carajo hacemos ahora? Porque este triángulo se está poniendo más complicado que el de *Casablanca*.

-Hay que seguir teniendo fe en el perpetuo socorro. Si lo esperás, te llega. Es como el poema que te regaló esa criatura que se sube a la higuera. ¿No se dan cuenta que eso un mensaje de la Virgen?

-Claro que me doy cuenta. Y Esther de Cáceres me dijo que podía considerarme una especie de Bernadette Soubirous y lo apuntó para mandárselo a la pituca mística que vive en París. Y fíjate que el título del poema es *La rosa blanca*, pero en los dos primeros versos las palabras *Rosa* y *Perfuma* están puestas con mayúscula. Aparte de que la primera letra del tercer verso no es una *Y* griega. Es raro.

-Yo diría que es divino.

-Anoche soñé que Caperucita no perdió la virginidad con el lobo y que después que los cazadores le hicieron una cesárea para sacársela la revisaron con una lupa y el himen aparecía inmaculadísimo.

Entonces Ariel se secó la humedad dorada con la sábana y le puso un dedo entre los dientes a María Esther carcajeando:

-Bueno, nobleza obliga a confesar que hoy no iba a ser posible ningún desvirgue porque a este barrilete no es capaz de remontarlo ni un tifón de las Bahamas.

Y ella empezó a masturbarse furiosamente mientras le devoraba la falange al muchacho, como si ahora la lluvia sonara igual que la adaptación coral de la *Oda a la alegría*.

Ranura

-Va a llover -señaló el crepúsculo la muchacha mientras volvían caminando por la rambla.
-Mirá esa ranura roja.

Onetti prefirió contemplar la luz que se horizontalizaba sobre el Molino de Pérez murmurando:

-Era gorda.

-Quién.

-La mujer que me inspiró la escena de la cabaña. Pero no sigas metiendo el dedo en la llaga de aquel milagro porque ya escribí sobre eso y fracasé.

-Entonces fue por eso que probaste a rehacer *El pozo* por tercera vez. Yo sabía.

-Mirá, nena: esto se está pareciendo demasiado a una entrevista y a mí la prensa no me bate el parche como a Paco. No le importo un corno a nadie. Y si algún día me vuelvo famoso tampoco voy a aguantarte de reportera.

-Ayer llamé a Esther de Cáceres para pedirle el teléfono de Torres García y capaz que me largo a hacerle una entrevista al Viejo sobre la próxima exposición. El Pibe me pidió que escribiera algo para *Apex*.

-Es una excelente idea. Ese muchacho es simpático y sobre todo hábil. Como dice doña Manolita: los in-geniosos son los no-genios que se sienten dueños el mundo y no sirven pa nada.

-¿Y cuando vas a contarme cómo era la ranura de la gorda?

-Posiblemente nunca.

Y durante media hora siguieron repechando las dunas sin hablar y recién cuando llegaron a la terminal de los tranvías ella anunció sonriendo bronquíticamente:

-Hoy pensamos acostarnos por primera vez con Ariel.

-Yo nunca fui celoso. ¿No te das cuenta que te estoy llevando agarrada de mi esqueleto para que entiendas que si no aprendés a patalear asfixiándote jamás vas a poder verle la cara a Dios?

-Lo malo es que si esta noche llueve voy a sentirme Ana María volviendo de la muerte para hacerte feliz.

-Acabás de decir el verso más hermoso que escuché en los últimos años. Pero tampoco sirve, nena. Y yo elegí el camino de Cristo y Destouches: *Llegar al máximo de sufrimiento para ser uno mismo hasta el final.*

-Entonces no te quejes.

-Es que nadie es perfecto.

EPISODIO 13: APOLINARIO

Espina

La próxima tarde fueron al Prado a insolarse entre el vapor fragante de las glorietas, y como hubo un pacto tácito de silencio Onetti quedó creyendo que ella había perdido la virginidad mientras él se emborrachaba en el Metro escuchando la tormenta.

-Me imagino que leíste *Guerra y paz* -se lastimó un dedo el hombre tristísimo al arrancar una rosa para ofrecérsela a la muchacha.

-Ya la empecé dos veces pero siempre me tranco. Estás sangrando.

-Mejor. No sé si habrás llegado a la parte donde el príncipe Andrei mira el cielo tirado en el campo de batalla y piensa: *¿Cómo hubiésemos podido inventar a Dios si no existiera?* Esa es la frase más inteligente que se escribió mientras las revoluciones *tan ilustradas como bárbaras* se florecían guillotinando todo.

-Y es la pura verdad -demoró en murmurar María Esther.

-Lástima que yo *nunca voy a dejar de sentir* que esa *invención de la verdad es mentira*. Estoy enfermo de incredulidad desde que soy muy chico y ya no tiene arreglo.

-Qué pena.

-Tomá -sacó un papel arrugadísimo de la gabardina Onetti: -Este poema lo escribí anoche en el Metro después que nos emborrachamos con Equivocación y el jorobadito. Pero no es mío.

-No entiendo.

-A mí las cosas más importantes me las dicta el ángel Apolinario, que aparece cuando quiere y esponja su célebre sombra a mis espaldas.

-Ese dedo te está sangrando mucho -recogió la servilleta llena de goterones color malvón la muchacha.

-Shhhh. Y leelo en voz alta, por favor. Se llama *Seré tu espejo*.

-*Seré tu espejo* -se acomodó la rosa en la oreja María Esther: -*Reflejaré lo que sos / por si acaso no lo sabés / seré el viento, la lluvia y el crepúsculo / la luz que da en tu puerta / y te enseña que llegaste a casa / cuando creas que la noche cayó sobre tu mente / que por dentro sos retorcida y asquerosa / dejame que te enseñe que estás ciega / por favor bajá las manos porque yo te veo / me cuesta creer / que no te des cuenta de la belleza que hay en vos / pero si no lo sabés / dejame que sea tus ojos / una mano en tu oscuridad / para que no tengas miedo.*

Entonces ella se puso a fabricarle un torniquete con la servilleta en la yema del índice y sonrió:

-Estás loquito.

-Claro. Y los que tienen razón son Tolstoi y el ángel Apolinario. Pero ya no tiene arreglo. ¿Entendés? *Y que no se diga más.*

Caña

Onetti acompañó a la muchacha hasta la parada del ómnibus y después fue a buscar a Guido Castillo, que había quedado en guiarlo hasta el torreón donde se refugiaba Fonseca.

-Vengo de hacer un *tour* romántico por el rosal y compré dos botellas de caña para levantarle un poco el corazón al mártir constructivista -explicó contemplando la gigantesca luna que emergía entre los eucaliptos.

-¿Y esa sangre? -se impresionó el muchacho al darle fervorosamente la mano. -¿No quiere que lo vende?

-Ya coaguló, *merci*. Es que acabo de perder el virgo de la fe en las doncellas.

Zalo los recibió con euforia de náufrago y enseguida empezaron a brindar por la segunda muestra colectiva del Taller que se inauguraría en el peor momento de la guerra provincial desatada por Torres en los últimos 8 años.

-Y pensar que yo fui uno de los primeros fariseos que trató de desanimarlo -chistó Onetti, después de retener un gran buche debajo de la lengua. -Che, ¿vos sabés que mientras Augusto me contaba el exorcismo que te vino a hacer con el plumerío sioux sentí envidia por esta Faruru que te conseguiste?

-Por ahora voy tirando -se retorció en un corcoveo de tos gripal el muchacho que todavía disfrutaba de su ascetismo. -Aunque sin luz ni agua ni algún laburo estable no puedo durar mucho.

-Y además te falta Gardel, botija. Aunque yo creo que esto le hubiera encantado a Gauguin, que era un masoquista mágico.

-Me contaron que leyó *Adiós a las armas* -no pudo contener Castillo la ansiedad de tener tan cerca al consejero de la barra del Metro. -Yo pienso comprármela apenas agarre algún maldito mango.

-Hacés bien, porque es la historia de amor más extraordinaria que se escribió desde *Romeo y Julieta*. Lástima que al final te das cuenta que Mister Hemingway va a seguir viviendo muerto abajo de la lluvia. *Forever*.

-Joder. ¿Y cómo es eso? -reacomodó los ladrillos sobre el primus Fonseca.

-Es la podre. Cuando escribió ese réquiem en el año 30 ya tenía el alma deshecha. Allí queda clarísimo.

-Pero si dicen que el final es uno de los *tour de force* más perfectos que se han hecho en la historia de la novela -protestó el literato torresgarciano, tratando de disimular la desconfianza.

-Por supuesto. Pero a mí me confirma lo que vengo sospechando hace años: ese Rocky Marciano está vendido completamente a Hollywood. ¿O no lo viste aprovechar la Guerra Civil Española para batirse el parche? Así no dura nadie, botija.

Gorda

-Bueno -se encorvó de golpe Onetti para que el sombrero le protegiera el pudor sudoroso.
-Yo estaba solo en la sala de espera y me tuve que poner a mirar el diario que había llevado abajo del brazo.

-¿Ya fumabas?

-Eso fue lo peor. A esa edad no soportaba ni el olor del tabaco pero cuando empecé a toser con lágrimas tuve que seguir fumando como un hombre hasta que llegara el momento de levantarse.

-Pero mirá las cosas que les pasan por hacerse los machos -le volvió a atornillar la servilleta sobre el dedo chorreante la muchacha.

-El bigotín había demorado semanas en crecerme y me quedó pasable, pero lo que me costaba horrores era imitar la expresión de esos tipos cínicos y *maduros* que ya están deshechos. ¿Viste?

-Estás hablando igual que Alsinita.

-No me nombres a Judas. Bueno, y cuando me tocó pasar con el corazón enloquecido supe que la que se iba a abrir era la puerta del medio. Había tres.

Ahora el hombre de trompa triste demoró demasiado en prender otro Lucky y ella quiso auxiliarlo con un pañuelito pero fue rechazada rabiosamente:

-Dejame que te lo cuente moqueando como cuando era un chiquilín, carajo. La mujer era rubia y plácida y muy gorda y me dijo *Pasá negrito* con una sonrisa alta. Y la ranura recién se la vi mientras me desnudaba al lado de una estufa a querosén y ella se despatarró a esperarme.

-¿Y qué fue lo que sentiste?

-Nunca sabré explicarlo. Aunque te puedo asegurar que después de viajar ida y vuelta por el túnel invisible *le vi la cara a Dios*.

-Pero esa frase es más vieja que el aujero del mate, Juan.

-Pero define insuperablemente *la cosa*. ¿O vos no le viste la cara a Dios anoche?

Y como la muchacha se mordió el labio sin contestar el hombre embadurnado por un moco fetal agregó:

-Y mientras volvía a casa sentí que lo que acababa de comprar no era la sustitución de la palabra amor ni de mis sueños ni de mis intuiciones.

-¿Entonces vos pensás que todo el mundo le puede ver la PAX IN LUCEM al Tata?

-Sí. Y yo supe que aquello no era una equivocación y que estaba escrito que algún día no lejano mi cuerpo y mi alma iban a fundirse en la verdad dichosa y presentida. ¿Ta? Pero no me sigan jodiendo con los *masallases* porque eso me suena peor que un eructo de obispo. Bueno, ahora te acompaño hasta Agraciada porque después tengo que disfrazarme de arcángel Miguel para ir a emborracharme con un mártir pituco.

Amigos

-Mirá, para deglutir a Sartre lo primero tenés que aprender es a joderse -se apoyó Onetti en un ventanuco del torreón por donde derramaba una fosforecencia debussyana. -*Una libertad sin Dios donde uno tiene que hacerse responsable del destino colectivo*. ¿Pero

no se da cuenta que si le sacás la alfombra de abajo de las patas al hombre se va todo a la mierda?

-Y lo peor es que en vez de ponerse dionisiaco como Nietzsche te llora la milonga del *spleen* comunista -carcajeó Guido Castillo.

-Ojo que ya empezamos la segunda botella y lo único que morfamos fueron dos flautas duras de ayer -se encapuchó Fonseca con una de los acolchados que le había mandado Manolita.

-Pero si lo que yo quiero es *mamarme bien mamao pa no pensar* en la hemorragia que tuvo anoche una mozuela que no me llevé al río -sacó otra servilleta del bolsillo interior del saco el hombre que antes de enfurecerse con Sartre les había contado a los muchachos la historia navideña de *Juntacadáveres*. -A ver si usted descifra el último poema que le escribí a María Julia en el Metro, estimado políglota. Aunque se los dedico a ustedes. Porque es lindo ser amigo.

-*En mi vida secreta te vi esta mañana y te movías tan rápido* -declamó estentóreamente Castillo colocando entre el farol y el primus el papelucho donde culebreaban unos letrones parecidos a grafismos de Klee: -*No soy capaz de dejar de agarrarme al pasado / y te extraño tanto y no hay nadie a la vista / y todavía estamos haciendo el amor / en mi vida secreta. / Sonrío cuando estoy enojado / engaño y miento / hago todo lo que tengo que hacer y me las arreglo. / Pero sé lo que está bien y lo que está mal y moriría por saber la verdad / en mi vida secreta. / Aguantá, hermano, aguantá / agarrate fuerte, hermana. / Por fin recibí las órdenes / me iré cuando amanezca / me iré al atardecer / me moveré entre las fronteras de mi vida secreta. / Miraste la página / te dieron ganas de llorar. / A nadie le importa si la gente vive o muere / y el traficante quiere que pienses / que todo es blanco o negro / pero gracias a Dios eso no es tan simple en mi vida secreta. / Me muerdo el labio y compro lo que me digan / desde el último éxito hasta la sabiduría ancestral. / Pero siempre estoy solo / y mi corazón es como el hielo / y hace frío y está lleno de gente / en mi vida secreta.*

Entonces Zalo se levantó para volver a llenar los tazones carriados y se quedaron escuchando los gallos y las corridas de las ratas en el sótano mientras la noche hacía remolinear nacaradamente la humareda de los Lucky que los amigos besaban entre una paz compacta.

EPISODIO 14: NUBE

Pose

-¿Así que Onetti piensa que un hombre con fe es más peligroso que una bestia con hambre? -empezó a parpadear Manolita como un colibrí. -Pues yo encuentro que en eso lleva toda la razón. ¿Pero él se dará cuenta que pone el mismo empeño que Torres en guiarnos hacia un arte que nos purifique?

-Es que posar de escéptico es el peor vicio de la idiotez moderna -vació un pocillo fruncidamente María Esther.

-Ay, me olvidé de ofrecerle azúcar. Mil disculpas.

-No se preocupe que los uruguayos no seremos vegetarianos pero en negrura anímica y en el fútbol nos ganan pocos pueblos. ¿Usted piensa que Torres es peligroso, entonces?

-Es que el pan sabe muy bien cuando nos quema un poco. Y yo creo que se vive entre los cuernos del toro o por pura inercia, vamos. ¿Le molesta que fume?

-Estoy acostumbradísima -se acomodó los alones rubios la muchacha que aprovechaba las salidas solitarias para maquillarse jolivudensemente. -Hoy acepté que Onetti me acompañara a la exposición del Taller, por ejemplo. Y charlar con ese hombre es como aspirarle los bufidos a una locomotora.

-Lo extraño es que Payró nos cuenta versiones muy contradictorias sobre lo que opina Onetti de este giro figurativo que propone la Escuela del Sur. Y además se ha empeinado tanto en definir a mi marido como quijotesco que yo a esta altura me siento una especie de Dulcinea vocacional. ¿No es divertido?

-¿Y cómo hacen para seguir viviendo tan enamorados?

-Para eso no hay respuesta. Mire: una poetisa muy amiga me ha hablado de un manuscrito anónimo del siglo XIV que acaba de ser recuperado en Europa: *La nube del no-saber*.

-¿No será Esther de Cáceres?

-Justamente. Y en la última de sus tertulias apunté este trocito -retiró una hoja de adentro de un ejemplar del *Universalismo Constructivo* editado en Buenos Aires: *-Toda la lucha nace del lado del hombre, del esfuerzo que ha de hacer para prepararse a la acción de Dios, acción que consiste en suscitar el amor y que sólo Él puede llevar a cabo. Pero tú persevera, haciendo tu parte, y yo te prometo que Dios no te fallará. Mantente, pues, fiel a esta obra.*

-¿Usted también es católica?

-No. Pero le aseguro que la indestructibilidad de un matrimonio surge de esta actitud. Y que finalmente el universo le será fiel en la medida en que usted no desmaye. Torres me cortejó durante tantos años que al final casi arroja al gato por la ventana para que yo accediera a casarme. Y ya ve: nunca más volvimos a hostigarnos.

Expulsión

Aquella noche Onetti y María Esther quedaron en encontrarse en el boliche de la esquina de Amigos del Arte, y la muchacha llegó tan maquillada como en la primera cita que tuvieron en la rambla.

-Hoy me tomo un vermucito -le acarició casi frívolamente el dedo vendado al hombre de trompa pétrea. -Puse la rosa que me regalaste en la mesa de luz.

Y de golpe aparecieron el Pibe y Maneco y arrimaron dos sillas con la novelería de estar contemplando un regalo de Reyes largamente deseado.

-Por fin solos -le hizo chillar una carcajadita el galán jeangabinesco a la *fille terrible* más popular del charco de los plumíferos.

-¿Y? ¿Ya le hiciste el reportaje a don Joaquín? -se frotó las manos Maggi

-Es que primero tengo que ver la exposición guiada por Apolinario, que según el propio maestro no sabe nada de pintura pero nunca se equivoca.

-Y este año colgaron cerca de 200 cuadros, otra vez -parecía no creer Maneco en la consolidación del emparejamiento entre el *sensei* y la catorceañera azuzada por el séquito clubista.

-Es que la recuperación del objeto avanza a trompicones -parodió Onetti el canturreo catalán de los Torres Piña. -Y si es preciso nos situaremos con taparrabo de plumas y manta listada no lejos del Ombú que la Pampa tiene o en algún picacho de los Andes o pastoreando llamas en el altiplano.

Ahora los adoradores se reían como si escucharan a Buster Keaton y la muchacha murmuró repugnada:

-Menos mal que lo querés tanto al Viejo.

-Es que mi cariño y admiración por el caballero de la blanca melena no tienen vuelta atrás, pero es que ya desde la época en que existía la Asociación de Arte Constructivo se desdice cada tres frases. Ahora condena la abstracción y proclama el arte realista. Y no aseguro que la divisa *Debemos pintar la calle del siglo XX* sea la última: puede haber volteretas.

-Basta, Juan.

-Es que sucede que el amor y el camarada Stalin son imperialistas y uno desearía que las personas queridas fueran un poco a imagen y semejanza de la idea que nos hacemos de ellas. ¿Por qué no se van de una vez, incordios?

Entonces el Pibe y Maneco se dieron cuenta que la expulsión iba en serio y ni siquiera terminaron de vaciar los pocillos.

Pecado

-Torres mismo confiesa en *Historia de mi vida* que la ira lo posee de a ráfagas desde la infancia -se sacó una hebra de la boca Manolita con la mecanicidad de un tic. -Pero después de esos desbordamientos cae enseguida en lo que yo llamo su *polvo enamorado*.

-¿Y a ese sosiego cómo lo definiría?

-Bueno, él en Barcelona venía a darle clases de dibujo a mi hermana y siempre nos contaba que la inspiración cósmica se produce cuando uno se despierta con el ánimo habitada por esa especie de paz intemporal que hay afuera de la caverna.

-¿Y a usted también le pasa eso?

-Desde que duermo al lado de él. Y a pesar de los pesares, que siempre han sido muchos.

-Sí. Y me imagino que en tantos años habrán guerreado bastante entre ustedes -se apoderó de María Esther una necesidad más investigativa que morbosa de exasperar al prójimo que la caracterizaría toda la vida.

-Pero vea usted que nuestros enfrentamientos se producen al margen de lo doméstico. Porque yo sigo pensando que irnos de los Estados Unidos fue un error estratégico garrafal, por ejemplo. Y otra cosa insufrible es que mi marido no tome partido en cuestiones políticas, si bien cuando perdimos contacto con Olimpia en el 39 llegó a despotricar contra la mismísima democracia republicana.

-No me diga que se estalinizó.

-Estuvo cerca, aunque los esperpentos del realismo socialista y toda esa pesadilla de las purgas hicieron que la fiebre fuera muy leve.

-Y usted siempre del lado de las izquierdas.

-Ni que hablar. Aunque por sobre todo detesto a los ingleses -se paró la mujer de muchachez indeleble y espalda ya gibosa. -Bueno, vamos hasta el taller para que puedan concertar la entrevista.

Y mientras cruzaban el empedrado cubierto por la nieve perfumada de las acacias Manolita agregó:

-Y esta noche lleve cuidado porque le puedo asegurar que el caballero de la triste figura es Onetti y no Torres, por más que a mi marido se lo siga acusando de confundir las ventas con los castillos.

-¿Y a qué le tengo que tener cuidado, señora?

-A la desesperanza, señorita. Esa es la serpiente bíblica.

Maquillaje

-Te traje la entrevista que le hice al Viejo en los tiempos heroicos -le alcanzó Onetti la muchacha una página del ejemplar Nro 14 de *Marcha* donde sobresalía la nota titulada *Torres García habla de la exposición que no visitó*.

-Gracias -se acomodó la boina María Esther antes de aplastar con las palmas abiertas el papel de estraza lleno de manchas vinosas: -Decime: ¿cómo te puede dar tanto asco mi maquillaje?

-Mirá, cuando recién nos conocimos le escribí una carta a Payró diciéndole que tenías la cara tan putrefacta y maloliente como Bette Davis. Ça suffit?

La muchacha hizo fondo blanco con el vermú y no tuvo más remedio que ponerse a ojear el artículo para esconder una indignación muy húmeda.

-Y lo increíble es que la pérdida de la inmaculación no te haya roto el halo -se ensañó el hombre que acababa de pedir su tercera caña doble. -Pero sucede que la preciosidad sin pureza me embruja nada más que en los feudos de las muñecas bravas. *Campaneá que la vida se va / y enfundá tu silueta sin rango / y si el llanto te viene a buscar / escurrí tu dolor y reí*.

-Mejor es que no te dediques a cantar tangos porque las auroras van a encontrarte atorrande en los umbrales -retrucó ella clavando una uña morada sobre la palabra *Vollard*. -Hoy Torres me contó que este fue el hombre que tuvo que explicarle en el veintipico que las griegadas catalanas no iban a funcionar en París y él casi se enloquece para ponerse al día.

-Yo no pienso seguir padeciendo este *voyage au bout de le néant* mucho tiempo más, pero si alguien me llega a pedir a esa edad que cambie el ritmo de la frase me dedico otra vez a revolver una tolva o a pescar vueltos mal dados en la boletería del estadio.

Y en ese momento les pasó por al lado Alsina Thevenet saludándolos apenas con un breve alzamiento del panamá y Onetti puso un billete sobre el mármol bufando:

-Bueno, beibi. Dale mis saludos a don Joaquín y decile que cuando consiga una acompañante digna de la Inmaculada me doy una vueltita para ver si a alguno de los nuevos discípulos les interesa *existir sin placenta* además de *pintar bien*.

-¿Pero estás loco? -fue incapaz de eludir el odio que le fosforecía al incordio acodado en una de las mesas del fondo la muchacha. -¿Me vas a dejar sola?

-Apuesto a que esta altura tenés más adoradores que el Viejo -se paró el hombre ritualizando el manejo del yesquero como un duelista del Far West. -Que te lleve algún gil de los que se cuzquean soñando con el harén del prójimo.

EPISODIO 15: PENUEL

Inferno

Al otro día Onetti fue de tarde temprano al Taller del Viejo para pedirle disculpas por no haber estado presente en la inauguración y el hombre abrigadísimo se floreó contestándole:

-Inmersos en el limo dicen: Tristes fuimos / Bajo el aire dulce que del sol se alegra / Llevando adentro un amargado humo. Canto Séptimo del *Inferno* horriblemente traducido, según el chaval Castillo.

-Touché, maestro.

-Y no me llame maestro. Usted sabe muy bien que en esta republiqueta esa palabreja hiede. Ni que estuviéramos en el Montmartre donde Picasso les robaba el color a los rostros de los amigos muertos y encima lo bendecían. ¿Pero cómo pretende que en este barrizal no lo infamen por haber sumergido a una infanta en el buen arte?

-Lo que me consuela un poco es que María Esther haya tenido la dignidad de ir sola a la exposición, por lo menos. Galanes para sustituirme le sobraban.

-Y puedo asegurarle que acaparó la mitad de la atención que se merecían nuestros cuadros y ya hay varios de mis discípulos babeándose por ella.

-Pero usted sabe muy bien que el peor de mis pecados no es la ira.

-El peor de sus excesos es dejarse habitar por un triste humo amargo sabiendo que los grandes espíritus no se cansan de vencerse a sí mismos para que los derrumbes sean indignos de estragarles la serena armonía -pareció traspasado por una llama de amor vivo el Viejo.

-He rodeo como bolita / de purrete arrabalero / y estoy fulero y cachuso por los golpes, ¿que querés? / ¿Cuántas veces con un cuatro / a un envido dije quiero / y otra vez me fui a baraja / sobrando con treinta y tres?

-Pamplinas -deshizo dos pinceles Torres a rodillazos y al novelista se le anió la timidez congénita. -Mire: después del fútbol lo que yo más detesto de este reino de la cotilla es el argot masoquista de esas *canzonettas* que bailan hasta en las bodas.

-Es que a mi entender Carlos Gardel es lo mejor que le pasó artísticamente al Río de la Plata, don Joaquín.

-Sí, conozco su estampa: era un hombre con luz propia. Y puedo asegurarle que ustedes no se lo merecían, porque me contó Gutman que tuvo que escaparse a Centroamérica después que lo abuchearon en el Teatro Colón.

-Imagínese lo que sería la *gristeza* rioplatense si hubiésemos vivido dos guerras mundiales -le palideció el sudor al *sensei* del café Metro.

Gristeza

Esa mañana María Esther había llamado a Onetti para verlo en la Plaza Zabala después de la exposición, porque necesitaba hablarle de algo delicadísimo.

-Noches -saludó tratando de que le chispeará cierta comicidad frente al hombre que la esperaba acostado en un banco, haciendo los movimientos imprescindibles para reavivar las luciérnagas lentísimas de un Lucky.

-No me hables. Soy apenas un cadáver que cumple encorbatadamente con sus compromisos. Esto lo inventé en Colón para divertir a la barra de la revista pero no es muy original, porque la otra noche me contaron que Lorca obligaba a los amigos a jugar a su velorio. Y además te aseguro que si me sobraran los morlacos como a la poeta bautizada en Notre Dame me quedaría tirado en la cama para siempre. Escribiendo y muriéndome. Menos mal que a *mon voyage au bout de le néant* ya le deben quedar muy pocas estaciones.

-¿Me estás echando?

-¿Te parece que sería capaz de despatarrarme abajo de la luna portuaria si no te precisara más que al arcángel Miguel?

-Bueno -suspiró ella, que ahora parecía tener menos de 14 años. -Entonces por lo menos haceme un lugarcito.

-¿Por casualidad te acordás de que en el *Génesis* Jacob le llama Penuel al vado donde tuvo que luchar hasta el alba con el ángel? -se fetalizó Onetti en el banco para que María Esther pudiera acurrucarse tiritando.

-No creo que en la catequesis me hayan hablado de eso.

-Algún día me tenés que mostrar una foto de tu comunión. ¿Y cuál era el tema delicadísimo del que tenías que hablarme?

-¿No te podrás poner un poco más coherente? Yo nunca voy a ser socia del club de los babiecas que te aguantan los divagues, mi amor.

-No me digas mi amor.

-Y por qué me nombraste a ese vado del *Génesis*. Aclará algo, carajo.

-No te pongas histérica. Te lo nombré porque es el nombre que le puso Jacob al lugar donde pudo cruzar a la libertad de su alma. Hoy Torres me habló de eso.

-Pero no te hizo bien.

-Es que yo pensé que cuando el personaje de mi novelón recuperara la pureza y la fe durante el bombardeo me iba curar con él. Pero ahora estoy más muerto que antes. Y al Viejo le dio pena.

-Bueno, y lo que yo te quería decir es que sigo siendo virgen. Para que no me odies.

Vado

-El trastrocamiento dialéctico de esta palabra la aprendí durante mi iniciación católica en Cataluña -señaló Torres dos casilleros de una estructura donde se sincronizaban los nombres Jacob y Jaboc. -Y a veces siento que no hay día que no vivamos en ese trance descoyuntador.

-¿Así que usted fue católico?

-Es que Gaudí constituye la prueba más fehaciente de que un hombre con fe es más peligroso que una bestia con hambre.

-Bueno, esa afirmación la comparto y la divulgo aunque podría considerarse que es la piedra angular de mi proselitismo apóstata -murmuró Onetti, contemplando admiradamente a los jazzistas de Augusto. -Yo leí el *Eclesiastés* en mi primera adolescencia y a excepción de Céline considero que no hubo más nadie que formulara un manifiesto más perfecto del absurdo de la aventura humana.

-Es que a ese predicador soberbio no le tocó luchar con un ángel durante toda la noche sin darse cuenta que era la mismísima divinidad quien lo estaba poniendo a prueba para saber si elegía cruzar el vado del Jaboc.

-Yo nunca pude soportar el *Génesis* porque era el libro preferido de mi madre, la esclavista.

-Ahora el que habla como un esclavo es usted. Y debería saber que uno de los arquetipos que nos conducen a la salvación es conquistar el nombre que se le adjudicó a Jacob. Porque *Israel* significa *El que lucha solo contra los hombres y contra Dios y vence*. Solo y descoyuntado. Y entonces usted puede rebautizar al arroyo y llamarle *Penuel*, lo que quiere decir: *He visto a Dios cara a cara y todavía estoy vivo*.

-Es una gran historia.

-¿Y por qué no la adapta para una de sus libros? El otro día pensé que si cada oriental se sumara a los 33 gauchos que menosprecia tanto el personaje de *El pozo*, podríamos cambiar todo.

-Odio las utopías.

-Pues yo pienso que lo que debe odiarse es esa maldita *gristeza* que nos asemeja tanto a los eunucos sartrianos.

-¿Y qué se necesitaría para transformarse en un 34 oriental?

-*Vivir en lo eterno*, hombre. Yo le puedo asegurar que la verdad y la libertad son lo último que se conquista. Y se conquistan juntas. La verdad nos descubre la realidad, la ley y la medida, mientras que la libertad las hace posibles. Y nada de esto es utópico ni quijotesco.

Mano

-*Merde* se enderezó de golpe Onetti sobre el banco de la placita polvorientemente plateada: -Y yo sudando sangre.

-Mañana hace 20 días que tuve que enamorarme para socorrerte, Juan. Pero siento que no puedo.

-La criatura que acompaña a mi personaje hacia *la fuente de noche y de olvido* se llama Victoria Barcala y es muy poco más chica que vos. Aunque no se disfraza de *fille terrible*.

-Pero él la adora.

-Sí. Más que a nada en el mundo.

-Yo no creo que vos me adores.

-¿Qué te parece si nos despedimos mañana en el Parque Durandean? -le fosforecieron los lentes al hombre encharretado. -Siempre que me perdones lo que preciso hacer ahora.

-Pero si a mí me encantó que me besaras a los quince minutos de conocernos, Juan. ¿Qué te pasa?

-Esto es distinto.

-Lo qué.

-Imaginate que acabás de morirte en un bombardeo y la única oportunidad que me queda para suprimir el pasado y toda atadura con el presente es imitar lo que hace Ossorio con Victoria Barcala.

-¿El bolche se llama Ossorio?

-Siento que puedo hacerlo.

-Esto me asusta, Juan.

Entonces él separó los muslos de María Esther con unos dedos de pianista que penetraron por debajo de su ropa más íntima hasta permanecer unos momentos posados en el vellocino mientras los corcoveos de la eyaculación lo hacían sonreír en paz hacia el estrellero.

-Pude, gracias a Dios. No te asustes, cosita.

Pero María Esther seguía tiritando con los ojos prensados y se quedaron mudos hasta que el hombre suspiró entre un vapor azulísimo:

-Y si no me perdonás, no importa. Porque ahora estoy vivo.

Después ella se fue a buscar un taxi sin necesidad de pedirle que no la acompañara y Onetti se quedó contemplando el rebrillo de los árboles altos.

EPISODIO 16: TRANSEFIGURACIÓN

Veranillo

María Esther fue a buscar a su novio a la iglesia y encontró a Andrea escribiendo al lado de la higuera, que parecía una mole de esmeralda esculpida sobre el poniente amenazador del veranillo.

-Ya está relampagueando -señaló el cerro la chiquilina. -¿Le mostraste la poesía a Juan?

-Sí. Dice que él nunca en la vida va a poder escribir algo que tenga esa blancura. ¿Y tu traje?

-Me lo voy a poner cuando empiece la lluvia.

-¿Qué estás copiando?

-Las frases que más le gustan a un *amigo invisible* que tengo desde antes de nacer. Ahora ya no lo oigo.

-Leeme alguna.

-*Nuestra hermanita no tiene pechos. / ¿Qué vamos a hacer con ella / cuando vengan a pedirla?*

-Pero eso es de la Biblia.

-Sí. Y esta es la parte que más le gusta a mi abuela porque se parece a las comedias de amor que escuchamos por la radio.

-¿Y vos cómo sabés cuáles son las frases que le gustan a él?

-Brillan más -puso un dedo sobre la página llena de sol rojizo la niña que usaba un traje de baño estampado con caras de personajes de Disney.

-Leeme otras.

-*Yo soy como una muralla, / y mis pechos como torres. / Por eso, a los ojos de él, / ya he encontrado la felicidad.*

-¿Y por qué no lo oís más?

-Porque me pegaron tantas palizas cuando le hablaba en voz alta que un día desapareció. ¿Cómo está Juan de la lastimadura?

-Mucho mejor. ¿Y tu tajo?

-Cuando viene una calor como la de esta tarde me arde mucho.

-¿Y cómo era la cara de tu amigo invisible?

-Divina.

-¿Y es con él que te casás?

Entonces la chiquilina se recogió el rulerío que le llegaba hasta la cintura y carcajeó poniéndose bizca igual que Stan Laurel:

-¿Pero cómo me voy a casar con él si es mi hijo? ¿Vos tas loca?

Bosque

-A Paco Espínola no le gustó nada que Ossorio se pusiera a gritar *Mierda* con Victoria Barcala en los brazos -fue guiando Onetti a la muchacha hacia la zona más boscosa del parque Durandean.

-¿Por qué no me llevás a dar una vuelta en chalana, Juan? Ahora me estoy sintiendo peor que Caperucita.

-Hace mucho calor -se remangó las mangas de la camisa el hombre que llevaba el saco en el brazo.

-¿Y qué quería Paco Espínola que se pusiera a gritar Ossorio?

-*Gracias. Gracias por el Espíritu.*

-Desde hoy en adelante se mira y no se toca -le retiró una mano de su nuca la muchacha al galán de sobacos muy sudados.

-¿Pero hoy no me llamaste para decirme que me perdonabas?

-Sí. Pero no me toques.

-¿Alguna vez pensaste lo lindo que sería si Michelangelo hubiese esculpido una *Pietà* al revés?

-No empieces a divagar porque yo no soy del club.

-Es que ayer el Viejo me desafió a que adaptara el episodio del *Génesis* y ahora sé que algún día me va caer una historia sobre alguien que es capaz de desafiar toda la *decencia* que nos impone esta culturita podre.

-Mejor nos vamos, Juan -se frenó María Esther midiendo de reojo la sonrisa casi estúpida del hombre que ahora parecía arrastrar los pies más por felicidad que por cansancio. - Quedé en encontrarme con mi novio en la parroquia.

-¿Y si yo te pido en el nombre del Perpetuo Socorro que me dejes hacer una cosa contigo sin que sepas lo que es? No te va a molestar.

-Ni lo sueñes, mi amor.

-No me dígas mi amor si me mirás igual que al lobo disfrazado de abuela. Te va a encantar, cosita.

-¿Y pensás que después de lo que hiciste anoche puedo confiar en vos?

-Mujer de poca fe.

-Tengo 14, loco. Te mentí todo el tiempo.

-¿Y vos te creés que yo no me daba cuenta, *sweet Victoria*? Y además te puedo asegurar que en esta versión del cuento el seductor no es el lobo.

-Eso puedo aceptártelo. Pero si no me decís qué es lo querés hacerme vade retro, *tavarich*.

Granizo

-Ahora estás feliz del todo -preguntó Ariel mientras la lluvia crecía como una especie de metralla cósmica.

-Cristo -se sostuvo uno de los pequeños pechos la muchacha para que se lo succionaran mejor. -Esto es muchísimo más hermoso que caerse en la orilla después de patear desde la Isla de Gaviotas.

-Pero gritaste de dolor.

-Qué importa. *Yo soy como una muralla, / y mis pechos como torres. / Por eso, a los ojos de él, / ya he encontrado la felicidad.* Todavía no puedo creer lo que le pasó a esa criatura con el amigo invisible.

-Hay que agradecer la cruz. Esta tarde le sugerí al padre Miguel que estábamos decididos a ser una sola carne y me dio la bendición lo más campante.

-¿Pero no te das cuenta que es por eso que hoy se te puso como un obelisco? -carcajeó María Esther levantando los brazos hacia la densidad feroz del chaparrón. -Y a mí me hizo mucho bien despedirme de Juan con tanta *délicatesse*.

-Pa. Escuchá.

-Eso es granizo.

Y durante mucho rato se abrazaron como para ampararse durante un bombardeo.

-Nunca escuché algo igual -terminó por entreabrir la ventana que daba al patio Ariel para recoger una piedra del tamaño de un huevo.

-Madre de Dios.

-Qué pasa.

-Ella no se va a bajar de la higuera. ¿Entendés?

-Capaz que se bajó.

-El católico sos vos -se sacó de arriba al muchacho de mirada clarísima María Esther para amortajarse con la sábana. -En eso tiene razón Onetti.

-Pero no llores.

-Sí. *Porque no hay consuelo para lo que nos obligan a sufrir en el mundo. Y si alguien quiere irse dándole gracias al Espíritu primero tiene que aprender a reventar abandonado entre toda la mierda.*

-Es verdad.

-Y es por eso que ella debe seguir agarrándose la cabeza en la higuera.

Vuelo

-¿Puedo leerte unos párrafos de un tratado inglés del siglo XIV que encontraron hace poco? -sacó del bolsillo un catálogo de la exposición constructivista Onetti. -Copiados por el Viejo para mí.

-¿Ah, era eso? Doña Manolita ya me leyó una frase de *La nube del no-saber*.

-Escuchá: *Quien quiera recuperar la pureza del corazón perdida y conseguir esa integridad personal que está por encima de todo sufrimiento, ha de luchar pacientemente en la actividad contemplativa y mantenerse en el tajo, haya sido pecador habitual o no. Pecadores e inocentes sufrirán en esta tarea, aunque obviamente los pecadores sentirán más el sufrimiento. Sucede, sin embargo, con frecuencia, que muchos que han sido grandes y habituales pecadores llegan antes a la perfección de ella que aquellos que nunca han pecado gravemente. Dios es verdaderamente maravilloso al derramar su gracia en aquellos que elige; el mundo se queda abrumado, aturdido, ante un amor como este. Y creo que el día del juicio final será realmente glorioso, pues la bondad de Dios brillará claramente en todos sus dones de gracia. Algunos de los que ahora son menospreciados y despreciables (y que quizá son pecadores inveterados) reinaran aquel día gloriosamente con sus santos. Y quizá algunos de los que nunca han pecado gravemente y que ante los demás aparecen como personas piadosas, venerados como buenos por otras personas, se encontrarán en la miseria entre los condenados. Lo que quiero resaltar es que en esta vida ningún hombre puede juzgar a otro como bueno o malo por la simple evidencia de sus obras. Las obras en sí mismas son otra cuestión. Podemos juzgarlas como buenas o malas, pero no a la persona.*

-Qué hombre raro que sos.

-Y lo que quiero pedirte ahora es que me dejes llevarte en brazos hasta aquella araucaria. Nada más.

-Bueno -casi no demoró en alisarse los alones dorados la muchacha que aquel día no usaba boina. -Eso sí.

Y entonces Juan la alzó como si fuera una garcita y después de cargarla durante el último tramo del bosque la puso sobre las pinochas sonriendo iluminadamente:

-Y que no se diga más, criatura.

El embrujo duró exactamente veinte días, desde el 20 de setiembre al 10 de octubre - escribió en un brevísimo artículo publicado medio siglo después María Esther Gilio: Después de esa fecha dejamos de vernos. Después de esa fecha nos hicimos amigos.

Cuartel Artiguista de la calle Lepanto / 2015